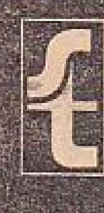


Selección **TERROR**

ADA CORETTI

TERROR EN EL ATAUD

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION TERROR

ADA CORETTI

TERROR EN EL ATAUD

Colección SELECCIÓN TERROR
n.º 420 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ —BUENOS AIRES —
CARACAS —MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 827 - 1981 Impreso en España - *Printed in Spain*. 1ª edición en España: marzo, 1981

Concedidos derechos exclusivos *a* favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona —1981

CAPITULO PRIMERO

Charlotte supo que había «muerto» cuando quiso mover los brazos sobre el embozo de la sábana y no pudo hacerlo; cuando intentó encoger las piernas y siguieron estiradas a lo largo de la cama; cuando hizo lo imposible por mover los párpados y éstos siguieron inmóviles.

Entonces, sí, supo que estaba muerta. Supo que había dejado de existir. Supo que todo había acabado para ella.

Sin embargo, ella oía las voces a su alrededor y veía a través de sus párpados entreabiertos. Captaba perfectamente, pues, cuanto ocurría en su órbita visual y auditiva.

Pero si era así, ¿por qué no podía moverse, ni decir nada? ¿Por qué aquella inmovilidad total y absoluta que la agarrotaba del modo más horrible y estremecedor?

No, no podía encontrar una respuesta. Tal vez porque un miedo espantoso se había adueñado de sí misma. Un miedo pavoroso, que llegó más allá de lo imaginable cuando se acercó a su lecho el joven doctor Bims y le oyó pronunciar estas palabras:

Charlotte quiso gritar con todas sus fuerzas. Quiso decir que eso no era cierto. Pero desgraciadamente no pudo sacar el menor sonido de su garganta.

A continuación, la muchacha rubia y bella que acababa de ser dada por muerta, vio como entraban varias personas en su dormitorio.

El primero en penetrar allí fue el dueño de la casa, el dueño de aquella magnífica casa donde ella, un año atrás, entró como institutriz de los pequeños Brian y Emma.

Oliver Mamppos la miró, con angustia, con desazón. Sin duda debía estar recordando que no hacía mucho le había dicho:

—Me he enamorado de ti. Quiero vivir contigo. Me divorciaré de mi esposa y empezaré a tu lado una nueva vida.

Oliver Mamppos tendría unos treinta y ocho años y era sumamente distinguido, como correspondía a su categoría y a su apellido. Ahora se le veía profundamente afectado.

Todo lo contrario de lo que le sucedía a Sabina, que había entrado allí tras los pasos de su esposo. A la pelirroja Sabina le brillaban los ojos de satisfacción, de alegría. No podía evitarlo. O tal vez no quería hacerlo.

—¡Calla, no hables así! —le reprochó Oliver Mamppos—. ¡Pobre muchacha! Se me parte el corazón viéndola así, sin vida...

—Me había robado tu cariño —murmuró entre dientes Sabina—. ¿Crees, acaso, que no lo sabía? Y hubieras sido capaz de separarte de mí... De quererlo ella, claro... Y digo esto, porque me parece que no le caías suficientemente bien... A pesar de tu dinero, prefería a otro...

—¡Cállate de una vez! —exclamó Oliver Mamppos—. No es el momento de que me reproches nada.

—La odiaba —silabeó Sabina—. Nunca he odiado tanto a nadie. Lo repito, bien muerta esté.

Charlotte se esforzó por moverse. Nada. Ni un solo músculo obedeció a la orden de su cerebro. Siguió con aquella aterradora parálisis.

* * *

La siguiente persona que se acercó al lecho, fue Osmond Mamppos, el hermano de Oliver. Su hermano menor y oveja negra de la familia. Un guapo joven de veinticinco años, siempre con la sonrisa en los labios.

Ahora no sonreía. Estaba muy serio. Miraba con profunda tristeza a la muchacha que todos creían que había dejado de alentar.

Seguidamente penetró en la estancia Natalie, una jovencita de cabellos color castaño, de ojos claros, de elegante silueta, muy bonita. Era la novia de Osmond Mamppos. O por lo menos los padres de ella estaban empeñados en que así fuera y en que tal matrimonio se llevara a efecto. Pero nada, aún, se había decidido formalmente.

Una nueva persona se acercó al lecho, y Charlotte, ahora más que nunca, quiso moverse, quiso demostrar que no estaba muerta. Sabía que Tom Connors, el hermano de Sabina, tan pelirrojo como ella, le miraría fijo, penetrantemente, tal vez no creyéndose que pudiera ser cierto aquello que sus ojos estaban contemplando.

—Yo de ti, Charlotte, me iría de esta casa cuanto antes. Presiento que alguien quiere hacerte daño. Hazme caso y vete... Vete...

La miraría, pues, más detenidamente que los demás. La miraría, posiblemente, sospechando que aquella muerte podía ser sólo aparente.

Pero Charlotte no pudo moverse, en absoluto, ni pudo articular sonido ninguno, ni pudo tampoco abrir o cerrar más los párpados. Y Tom Connors, tras permanecer allí un minuto escaso, salió de la estancia.

De allí habían salido ya los demás, por lo que Charlotte se encontró sola. Totalmente sola. Sintiéndose muerta, pero sabiéndose viva.

—Yo me encargaré de vestirla... —oyó decir a Katty, la vieja sirvienta de la casa. Y la oyó añadir—: No, no necesito que nadie me ayude. Lo haré yo sola.

Acto seguido entraron en la habitación los componentes del servicio. Roddy, el alto, joven y moreno mayordomo. Lydia, la bonita doncella. Agatha, la gruesa cocinera.

Rezaron un rato y luego se retiraron. Fue entonces cuando Katty, la vieja sirvienta, quedó a solas con la «muerta».

—Yo te vestiré... —le dijo en un susurro—. No te preocupes, nadie se enterará de que estabas embarazada. Te llevarás el secreto a la tumba.

La buena de Katty acababa de recordárselo, iba a tener un hijo. ¿Cuántas faltas llevaba...? Siete. Y sí, hasta entonces había conseguido que

nadie se diera cuenta de su estado. Con prendas huecas, amplias, la moda le era propicia, había logrado despistar a todos. Por eso había seguido allí. De haberse sabido la verdad, a Sabina le hubiera faltado tiempo para despedirla.

Katty tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero a pesar de sus años no desfallecía. Sabía que tenía que ayudar a Charlotte. Sólo ella podía hacerlo.

La vistió adecuadamente. Teniendo cuidado, ante todo, de que su embarazo siguiera pasando desapercibido. Después le arregló el cabello.

«¡No estoy muerta! —gimió Charlotte para sí—. ¡Estoy viva! ¿Cómo no te das cuenta tú, ni los demás, ni siquiera el doctor Bims...? Esto es una espantosa pesadilla...»

Al abrir el cajón de la mesilla de noche, Katty encontró una daga en cuya hoja ponía:

La vieja sirvienta sabía lo que aquella bonita daga significaba para Charlotte. Por eso la sacó de la mesilla de noche, mientras murmuraba:

«¿Cuando esté en el ataúd...? —Charlotte creyó sentir un espantoso escalofrío—. Sí, claro, me meterán en un ataúd y me enterrarán. Siempre se hace lo mismo cuando alguien muere...»

A Charlotte le daba la impresión de que nadaba en sudor. Pero no, la verdad es que debía estar poniéndose fría. Cada vez más fría. Como le sucede a todos los muertos.

En aquel momento oyó ladrar a «Lucero», el perro de la casa. Un ejemplar enorme, magnífico, de ojos brillantes e inteligentes.

Instantes después le vio entrar y acercarse a su lecho. Allí se quedó ladrando y ladrando.

Charlotte lo comprendió y creyó que iba a volverse loca. Sabía lo que le esperaba, ser metida en un nicho y allí dentro sufrir un encierro mortal, una agonía alucinante.

Y entonces, al sentir que la desgarraba un horrible e impotente desespero, fue cuando cayó en la cuenta de...

El día antes alguien había envenenado la leche de su desayuno. Por eso, ahora que lo pensaba bien, encontró que tenía un sabor un poco extraño. Aun así se la hubiera tomado toda, lejos de sospechar nada, pero sin querer dio un golpe al vaso y la leche que quedaba se desparramó por el suelo.

Y claro, seguía con vida porque al no tomarse más que parte de esa leche, el veneno no había surtido el efecto esperado. Pero aquel veneno había paralizado sus miembros, sus músculos, causando una muerte aparente. Más o menos como si de una catalepsia se tratara.

Estaba perdida. Lo que le esperaba era peor que haber muerto de verdad. ¡Era para chillar de pánico hasta que le oyera el mundo entero! Pero no, de su garganta no podía salir sonido ninguno. Por más que se lo propusiera una y otra vez. ¡Nada!

Pero ¿quién habría echado aquel veneno a la leche que iba a tomarse? ¿Quién podía haber sido capaz de hacerlo? ¿Tan odiada era...?

Pensó en todas y en cada una de las personas que se hallaban en aquella casa. Oliver Mamppos. Sabina. Osmond Mamppos. Natalie. Tom Connors.

Y estaban también los componentes del servicio: Roddy, el mayordomo.

Lydia, la doncella. Agatha, la cocinera.

El féretro había sido cerrado y el golpe que dio la tapa repercutió en todo su cuerpo. Le resultó un ruido ensordecedor y a la vez demencial y espeluznante. Al mismo tiempo se vio envuelta en la más absoluta oscuridad.

Quienes fueran que lo llevaran, recorrieron lentamente el pasillo, descendieron ceremoniosamente la ancha escalera y cruzaron finalmente al amplio vestíbulo. Poco después metieron el ataúd en el coche mortuorio.

Charlotte oyó perfectamente como accionaban en el motor y como, tras el coche, se ponía en marcha la comitiva. Oyó asimismo los ladridos de «Lucero».

Iban camino del cementerio. Lo sabía. Tenía que saberlo porque aún no se había vuelto loca. ¡Ojalá lo estuviera y en su demencia no comprendiera todo el terror que la esperaba!

El cementerio estaba a unos dos kilómetros de Crossey, localidad de unos cuatro mil habitantes. Donde todo, o casi todo, pertenecía a los Mamppos. Mejor dicho, a Oliver Mamppos, heredero de una gran fortuna. A Osmond Mamppos, su hermano menor, sólo le había correspondido la legítima, que se gastó en el bingo, ruleta y demás juegos de azar en un abrir y cerrar de ojos.

Charlotte sabía, pues, que el coche llegaría en seguida, en unos pocos minutos.

Se acercaba el momento demencial, espeluznante. ¡Sentía un pavor cada vez mayor, más sobrecogedor! ¡Dentro de ella se desbordaba el miedo, el pánico...!

Instantes después empezaba una lluvia violenta. Y Charlotte oyó como la lluvia caía sobre la caja, sobre el ataúd.

Volvió a sentir como levantaban el ataúd y como, seguidamente, lo trasladaban más allá, introduciéndolo, sin duda, en un nicho.

Sí, no se equivocaba. Lo estaban metiendo allí. Y poco después oyó de nuevo la voz de los sepultureros a quienes les había sido encomendado aquel trabajo.

—Coloca la losa de mármol de una vez... No hay quien trabaje con una catarata de agua como ésta.

—¿Qué van a decir? Ellos también deben tener ganas de acabar con esto. Además, ni se han fijado en que nos falta por poner el cemento.

Bastante tienen con protegerse de la lluvia con los paraguas.

* * *

Charlotte dejó oír las voces y comprendió, ya sin lugar a dudas, que estaba allí, dentro del nicho. Y allí se quedó, espantada, horrorizada, sin poder gritar, sin poder pedir auxilio.

Tras el ruido del coche mortuorio que se alejaba, y se alejaba, y terminó perdiéndose, todo quedó en silencio. En un alucinante silencio.

Se lo imaginó al pie del nicho. Al dejar de ladrar, la lengua debía asomarle por entre los afilados dientes en un jadeo leve, pero inquieto.

Charlotte quiso dar con los ánimos precisos para morir con cierta valentía. Quiso demostrarse a sí misma, por lo menos, que era capaz de encontrar resignación.

¡Imposible! ¡Aquella muerte iba a ser aterradora, demencial, y lo sabía! ¡Imposible, pues, otra cosa que no fuera un desespero pavoroso, dantesco!

Si hubiera podido gritar y pedir auxilio... Pero en vano lo había intentado una y otra vez. Primero en la casa, después en el camino, finalmente allí en el cementerio. Por lo demás, ahora ya era tarde.

Sin embargo, en ese momento, precisamente en ese momento, es cuando Charlotte gritó...

«No, no es posible —pensó—. Pero sí, ¿por qué no? No sería el primer niño que naciera a los siete meses...»

«Pero ahora, ahora —gimió a continuación—, estoy metida en un ataúd, y éste se halla a su vez metido en un nicho... ¡Ay!»

Movió las manos y los brazos. Podía hacerlo. Movió las piernas, encogiéndolas y estirándolas. Sí, podía hacerlo.

«Pobre hijo mío... Condenado a morir antes de nacer... Y que yo, tu madre, no pueda hacer nada por ti...»

Pero notó algo sobre su pecho y recordó que allí, debajo de la blusa, la buena de Katty le había metido la daga. Aquella daga que para ella era, siempre lo había sido, como un símbolo de amor.

Con un gesto rápido, furioso, buscó con su diestra el mango de la daga y la asió con fuerza. Y luego, tras tantear con la otra mano en las paredes de la caja, se puso a dar frenéticas cuchilladas a los goznes.

Una y otra vez, como si hubiera perdido el juicio. Pero nunca había estado tan cuerda. Aquélla era su única posibilidad de salvación. Lo sabía. Desgraciadamente no podía haber otra.

Sé detuvo en su titánico esfuerzo. Tuvo que detenerse. Le volvían los dolores del parto.

Cada vez más frecuentes y más fuertes, mucho más fuertes.

Pero prosiguió con su tarea así que el dolor físico se lo permitió. No podía perder un segundo. El escaso aire se estaba agotando. Incluso le costaba ya respirar.

Siguió dándole a los goznes en forzada postura, pero no por ello con

menos violencia y agresividad. Hasta que, en medio de un sudor copioso al que contribuían los dolores del parto, logró astillar la madera y hacer reventar los goznes.

Entonces, empujando con la palma de ambas manos, logró levantar la tapa...

* * *

¡Pero de poco iba a servirle tan infrahumano esfuerzo, tendría que morir en aquel terrorífico encierro! ¡Aquél era un nicho, no era otra cosa!

Pero miró hacia la losa de mármol y vio a través de sus rendijas el resplandor de una luz. Sin duda un relámpago.

Recordó entonces que debido a la lluvia los sepultureros no habían colocado el cemento y que la losa, por tanto, tenía que estar suelta.

Siendo así, si empujaba con fuerza, quizá...

Pero ¿acaso estaba ella en disposición de pedirse tamaño esfuerzo? Sí, lo haría por su hijo.

¡Por ese hijo que iba a nacer de un momento a otro...!

El parto se precipitaba. Los dolores eran ya insufribles. Pero era aún más insufrible la idea de que ambos tuvieran que acabar allí.

Quiso dirigirse hacia la losa. Todo era allí tétrica ocuridad, pero de vez en cuando el resplandor de un nuevo relámpago la orientaba. Sin embargo, de momento no pudo moverse.

¡El hijo salía ya de sus entrañas...!

Transcurrió un largo rato. Un rato donde el dolor físico se mezcló con el pavor que sentía ante aquella espeluznante situación. Algo que, no cabe dudarlo, resultaba total absolutamente alucinante.

Charlotte se vio obligada a actuar con una voluntad de hierro, porque ella misma, mientras sangraba a chorros, a auténticos borbotones, tuvo que ser la comadrona de su propio hijo.

Actuó de un modo desesperado, casi desquiciado, pero consiguió lo que se proponía. Que su hijo naciera, que el cordón umbilical quedara debidamente anudado, y que el niño llorase cuando ella le alzó en el aire sujetándole por sus pequeños piecécitos.

Pero había forzado el momento del nacimiento al notar que las fuerzas le iban fallando y que aquello no iba a poder soportarlo por mucho tiempo.

Había forzado la salida, rasgándose a sabiendas. Y ahora se daba cuenta de que la vida se le iba. Se le iba precipitadamente.

No, no tardaría en morir.

Pero antes desencajaría de allí la losa de mármol. Claro que sí, aunque esto fuera lo último que hiciera.

Le costó arrodillarse en el ataúd, gatear y llegar hasta allí. Le costó un esfuerzo increíble, inhumano, pero consiguió llegar.

Y empujó la losa. ¡Con todas sus fuerzas! ¡Una y otra vez hasta que

cedió, dejando libre la salida...! Dejando expedita la salida a aquella angosta, tétrica y macabra concavidad.

En ese momento oyó ladrar a «Lucero». Sí, estaba allí, pudo verlo porque le ayudó a ello el resplandor violáceo y fantasmal de otro relámpago.

—«Lucero»... «Lucero»... —le llamó ella, aunque apenas con un hilo de voz—. No te vayas... Sigue aquí... Espera... Espera...

Apenas le quedaban fuerzas. Se estaba desangrando de tal modo, que hubiera podido jurar que ya no quedaba sangre en sus venas. Pero hizo un nuevo esfuerzo y se desprendió de la blusa, y la anudó, haciendo con ella un hato.

En el hato metió a su hija.

Porque era una niña lo que había tenido.

Luego cogió el hato y alargando el brazo lo sacó de allí, del nicho, todo lo que pudo. Al menos lo sacó suficiente para que «Lucero» lo viera.

Cuando el perro se acercó, ella le puso la tela de la blusa en la boca.

Llévate a mi hija, «Lucero»... Llévatela lejos, donde encuentres quien la cuide... Donde nadie le haga daño...

El perro miraba a Charlotte pareciendo comprender.

No, no dejaba de sujetar entre sus dientes la tela de la blusa que anudada entre sí formaba aquel hato. En cuyo interior lloriqueaba una criatura.

—Llévatela... Lejos... Lej...

Charlotte no dijo nada más. Cayó desplomada, medio cuerpo dentro del nicho y medio fuera.

Acababa de morir.

CAPITULO II

Ross Carey solía emborracharse una vez al año. Celebraba que se salvó de un accidente de aviación, como él decía, «por los pelos».

Sucedió que fue a despedirse de su rubia de turno, una curvilínea con la que solía pasar muy buenos ratos.

Fue a eso, a despedirse, a nada más, pero la chica se quitó la ropa, le echó los brazos al cuello, y él no pudo evitar que lo inevitable sucediera una vez más.

Cuando se dio cuenta de lo tarde que se le había hecho, y subió a su coche y condujo como un diablo hacia el aeropuerto, de poco había de servirle. En el momento de llegar a la pista su avión despegaba ya.

Se indignó consigo mismo. Pero por muy poco rato. El avión, apenas iniciado el vuelo, sufrió una avería en uno de sus motores y capotó, estrellándose ante sus propios ojos. No hubo supervivientes.

Por ello, a partir de entonces Ross Carey celebraba su buena estrella de aquel día con una buena borrachera. Tan buena y tan a lo grande como su cuerpo aguantara.

Pero en esta ocasión se había pasado de la raya. Lo comprendió luego de acariciar el cuerpo desnudo de la rubia que estaba con él en la cama, cuando se volvió hacia el otro lado, hacia la mesilla de noche, tanteando para ver de dar con su cajetilla de tabaco.

Lo que tanteó fue otro cuerpo de mujer.

—¿Eh...?

Se volvió, encontrándose con una morena tan sensacional como pudiera serlo la rubia.

Como ella, estaba desnuda.

—Ahora me toca a mí... —la oyó susurrar.

—¿Eh...? —repitió Ross Carey, y sacudió la cabeza para desaturdirse.

No recordaba haber llevado a dos mujeres a la vez a su cama. Ni recordaba como había llegado hasta su apartamento.

—Date la vuelta hacia mí... —solicitó la rubia, melosa—. Yo te quiero más...

—No te vuelvas —dijo la morena— hazme caso a mí... ¡Si supieras lo que me gustas!

—Pero ¿qué hacéis las dos aquí? —protestó Ross Carey.

—Nos has traído tú —repuso la rubia.

—Sí, tú —corroboró la morena.

—Decías que las dos te gustábamos demasiado, y que no acertabas a elegir. Puestas así las cosas, sólo se te ocurrió... —volvió a hablar la rubia.

—Y con las dos te has portado muy bien —volvió a hablar la morena —, ¡Vaya vitalidad que tienes! ¡Cuando te lanzas no hay quien te pare!

—¡Y vaya que sí! —afirmó de nuevo la rubia.

Ross Carey, alto, atlético, todo un tipo, volvió a sacudir la cabeza. Aquello no le gustaba. Se sentía escandalizado. Desde luego estaba claro que había bebido en exceso y que se había extralimitado de una manera lamentable.

—Hala, preciosas, vestiros y marcharos...

—Aún no ha amanecido —dijo la rubia.

—Aún podemos quedarnos un poco más —repuso la morena.

—Nada, vestiros y marcharos...

Pero ellas se le pegaban. ¡Y era una sensación tan maravillosa sentir sus cuerpos desnudos cerca del suyo!

¡Y qué cuerpos! El de la morena era exuberante de caderas y senos,

sobre todo de

senos. Y se sentía muy orgullosa de ellos, qué duda cabe, porque constantemente se los ponía por delante. El cuerpo de la rubia era más discreto en esa parte delantera, pero poseía a cambio unos muslos sensacionales, de los que también debía sentirse muy satisfecha porque se los arrimaba de manera insistente, no sólo con la intención de rozarle ciertas partes de manera malintencionada, sino queriendo evidentemente que reparara en la perfección de sus líneas.

Desde luego eran dos preciosidades. Pero, ¡caramba!, dos a la vez. No le había sucedido nunca. Lo dicho, había cogido una borrachera de campeonato.

Ringggg...

Acababa de sonar el teléfono.

—No lo descuelgues —dijo la rubia.

—Como si no lo oyeras —repuso la morena.

Pero Ross Carey pensó que aquella ocasión era idónea para huir de entre aquellas dos mujeres que por lo visto aún pedían guerra...

—Puede tratarse de un asunto importante —observó, y saltó sobre ellas y se fue hacia el teléfono.

—Diga... —había descolgado el auricular.

—¿El detective Carey? ¿Ross Carey...? —preguntó una voz de hombre, grave, seria.

—El mismo —contestó.

—Necesito sus servicios —le hizo saber.

—Puede venir a visitarme cuando guste...

—Necesito sus servicios... ahora mismo —especificó.

—Ahora mismo —respondió Ross Carey, tras mirar su reloj de pulsera — son las cuatro de la madrugada.

—No son horas de llamar, me hago cargo —se disculpó.

—No se preocupe. Estaba... estaba —carraspeó— desvelado...

—Es un caso de la máxima urgencia.

—Algo así me estaba imaginando.

—¿Puede coger el coche y venir directamente a mi encuentro? En menos de cuatro horas puede estar aquí. Mi casa está situada cerca de la localidad de Crossey, concretamente en...
—le dio los detalles pertinentes—. Se trata de contratar sus servicios por espacio de diez días
—y añadió—: Le pagaré diez mil libras. ¿De acuerdo?

—Mil libras por día —Ross Carey silbó—. Paga usted muy bien. ¿A cuántas personas va a pedirme que mate?

—Voy a pedirle —repuso la voz del hombre, grave, seria— que no me maten a mí.

—Bien, de acuerdo —zanjó. Después de oír lo de las mil libras no le hacía falta escuchar más—. A propósito, a mi llegada, ¿por quién pregunto?

—Por el señor Mamppos. Oliver Mamppos.

Cinco minutos después, ni uno más, había conseguido que las dos chicas ya no estuvieran allí. Tuvo que prometerles que las llamaría así que regresara de nuevo a Londres, pero consiguió que se marcharan, que era de lo que se trataba.

Entonces se fue al cuarto de baño y se dio una ducha bien fría, que por cierto buena falta le estaba haciendo. Después se afeitó.

Seguidamente se dirigió a la cocina y encendió el gas. Cuando tuvo hecho el café, se tomó tres tazas seguidas. Luego respiró hondo, sintiéndose mucho mejor.

No se entretuvo apenas haciendo la maleta. Estaba acostumbrado a salir disparado. No era aquél, ni mucho menos, el primer trabajo urgente que le caía entre manos.

Antes de que empezara a clarear el día, estaba ya ante el volante de su coche, en la carretera que había de llevarle a Crossey, conduciendo a más de cien por hora.

A eso de las ocho, se detuvo en un parador. Ya faltaba poco para llegar a Crossey, pero prefirió comerse un bocadillo y tomarse una cerveza. Así se pondría más a tono.

En el parador no había parroquianos, pero así que dio un par de bocados a lo solicitado, se dio cuenta de que sí, de que había alguien. Se trataba de una muchacha de unos veinte años, con una silueta muy esbelta, con el cabello rubio cortado muy corto. Tenía los ojos oscuros, de brillante mirada. Llevaba pantalones téjanos y una blusa roja, sin mangas.

Ross Carey la miró con detenimiento. Creyó reconocerla.

¿Dónde la había visto antes...?

No consiguió recordar. La memoria le jugó una mala pasada.

«Claro, con esa borrachera que he cogido...», se disculpó a sí mismo.

Seguidamente sujetó el bocadillo con una mano y la cerveza con la otra, saltó del taburete de la barra, y se dirigió hacia la muchacha. Ella se hallaba en una mesa apartada.

—

Puedo llevarte en mi coche hasta donde gustes — le dijo, mirándola acariciadoramente.

La muchacha elevó hacia él sus ojos oscuros. Un poco desconcertada al principio. Luego sonrió. Y dijo, de un modo que equivalía evidentemente a concederle un sobresaliente:

—Estaba esperando el autocar de línea. Pero si me surge una invitación tan tentadora...

—Claro que sí. A tus órdenes —y sin transición—: Puedo sentarme aquí, ¿verdad? —antes de que ella le respondiera, había dejado ya el vaso y el bocadillo sobre la mesa.

—No hay inconveniente —accedió ella.

No hizo falta más para que surgiera entre ambos un trato todo cordialidad.

—Bueno, mientras yo me acabo el bocadillo cuéntame tú algo de ti misma, ¿quieres? Que eres un encanto ya lo veo. Pero me puedes poner al corriente de otras cosas, por ejemplo, cómo te llamas, dónde vives, en qué trabajas.

—Me llamo Sally.

—Es un nombre muy bonito.

—Vivo un día aquí y el otro allá —siguió diciendo ella—. Trabajo en un circo ambulante,

¿sabes? Mi padre, o mejor dicho, el que me ha hecho de padre, es el hombre que me lanza los cuchillos a distancia, clavándolos en una tabla de madera mientras marca la silueta de la chica que se coloca allí en traje de

baño —y agregó—: Esa chica soy yo.

—¡Ah! —se sorprendió Ross Carey.

—Me gusta hacerlo —especificó ella—. Quizá porque lo llevo haciendo desde niña, desde muy niña.

—Te has referido al hombre que te ha hecho de padre. ¿Y el tuyo verdadero?

—No lo he conocido —dijo Sally, con deje entristecido—. Sólo sé que una noche de lluvia, de tormenta, de eso hace ya veinte años, un perro me llevó hasta un circo ambulante metida en un hato. Se trataba de un circo que por aquel entonces se hallaba instalado cerca de la localidad de Crossey. Precisamente —detalló— donde estamos ahora.

—¿Apareciste metida en un hato? —Ross Carey se había asombrado.

—Sí —asintió ella— el hato lo llevaba el perro entre sus dientes. Yo acababa de nacer y alguien, no sé quién, me había metido allí.

—Pues a Crossey voy yo también —le hizo saber él—. Aún no hace tres horas que desde allí me han llamado, solicitando mis servicios. Soy detective.

—¡Oh, detective! —ella le miró aún con más agrado—. Resulta sin duda una profesión fascinante.

—A mí me lo parece —reconoció Ross Carey— aunque a menudo te juegas la piel. Por lo menos eso me sucede a mí. No sé lo que me pasa, pero siempre me veo metido en asuntos muy feos.

—¿El de ahora también lo es?

—No lo sé, no he hablado todavía con mi cliente. Bueno, sólo un poco, por teléfono, no es suficiente para saber a qué atenerse. Pero va a pagarme mil libras diarias, lo que bien mirado significa de antemano que la cosa no va a ser demasiado sencilla.

—Sí, claro.

—Pero no voy a engañarte, me gusta que sea así. Los asuntos vulgares me aburren terriblemente, me inducen a bostezar. Prefiero esos otros en los que, como te he dicho, me juego la piel. Es entonces, verdaderamente, cuando encuentro fascinante mi trabajo.

—Yo no sería tan valiente.

—¿Acaso no lo eres ya? Eres la chica que pegada a una tabla espera que le lancen los cuchillos, ¿no?

—Sí, sí —asintió—, pero eso no es valentía. Mi padre tiene una puntería infalible. Debe bastarle con saber que lanza los cuchillos a diez metros de distancia y que ni pestañea. Y los lanzaría a más distancia aún, me consta, si se lo propusiera. Pero no desea hacerlo, dice que no quiere arriesgarme, puesto que un error, le consta, podría costarme la vida.

—Espero que no falle nunca por el bien de la muchacha más guapa que he conocido en mi vida —la aduló.

Ella le miró. Luego dijo:

—Tienes aspecto de haber conocido a muchas...

—No voy a negártelo —reconoció—, pero como tú, repito, ninguna.

Palabra de honor.

Oye, ya que vamos al mismo lugar, espero volver a verte.

—Yo también lo espero. .

—Pues ya que ambos lo esperamos, lo mejor será que antes de separarnos nos citemos,

¿qué te parece?

—Muy bien.

Por descontado, Sally no esperó al autocar de línea y se fue en el coche de Ross Carey.

Y durante el camino siguieron hablando, conversando, haciéndose buenos amigos.

—Es aquí... —le indicó ella poco después, al llegar a un descampado donde aparecían estacionados varios carromatos y donde, más allá, varios hombres estaban clavando estacas en la tierra y alzando la lona del pequeño circo—. Es aquí, muy cerca de Crossey como ves...

—Yo me dirijo a esa casa —se la mostró, al otro lado de la carretera, situada en lo alto de una colina.

—Que te vaya bien.

—Otro tanto te digo, Sally —y añadió—: Vendré a verte así que pueda. No hace falta que nos citemos, ya sé dónde encontrarte.

—Pues hasta la vista.

Antes de permitir que ella saliera del coche, Ross Carey la besó. Como él sabía hacerlo cuando quería que una chica no se le escapara.

—¿Enfadada por el beso? —preguntó luego.

Ella le dijo:

—Me hubiera enfadado si me dejas salir sin besarme... —pero antes de que él la sujetara y repitiera, giró el manillar y salió de allí.

—Adiós —y le hizo un gesto simpático con la mano. Luego echó a correr hacia el descampado.

Donde le recibió un hombre de unos sesenta años, bajo y recio, de largos brazos, de expresión fiera, con la cabeza calva. El torso, que llevaba al descubierto, aparecía totalmente cubierto de vello.

Pero tenía, a pesar de su aspecto impresionante y de su gesto feroz, cara de buena persona.

Parecía, bien mirado, un orangután inofensivo.

***

Ya en lo alto de la pequeña colina, en su planicie semicircular, Ross Carey se apeó del coche y se quedó mirando la casa.

Era grande. Constaba de planta baja y un piso, y tenía enormes ventanales. A la puerta principal se llegaba luego de subir unos escalones y de cruzar un porche sostenido por dos columnas. Pulsó el timbre de la puerta y esperó unos segundos. En aquel momento, su reloj de pulsera marcaba las nueve menos unos minutos.

La puerta se abrió en seguida, apareciendo el mayordomo. Alto, moreno, impecablemente uniformado, de unos cuarenta y tres años.

—El señor Carey, detective, ¿verdad? —fueron sus primeras palabras.

—En efecto.

— Pase usted, por favor. El señor Mamppos le está esperando.

Le hizo cruzar el vestíbulo y le introdujo en una amplísima estancia, la biblioteca.

Donde se hallaban alineados infinidad de libros. Por miles hubieran podido contarse.

Allí estaba Oliver Mamppos. Llevaba bien sus ya cincuenta y ocho años cumplidos. Al verle aparecer se puso en pie, dio un par de pasos hacia él y le tendió la mano.

—Gracias por venir tan pronto.

—Me gusta complacer a mis clientes —respondió Ross Carey, correspondiendo al saludo.

—Acomódese, señor Carey —le indicó unos cómodos y mullidos sillones.

—Gracias —y tras tomar asiento, queriendo ir directo al asunto—. Bueno, usted dirá.

—Le ofrezco mil libras diarias. Por espacio de diez días —le había temblado la voz.

—Perfecto. Dígame ahora de qué se trata.

—Temo que me maten —dijo Oliver Mamppos—. Se lo he dicho ya por teléfono, ¿no?

—Me lo ha dicho. Pero lo que a mí me interesaría saber es por qué teme eso... No es corriente que alguien vaya a matarnos...

—No, claro —admitió—, no es corriente. Se trata de una vieja historia.

—Vieja, ¿como cuánto?

—Unos veinte años.

—¿Qué sucedió?

—Se lo voy a explicar detenidamente, todo lo detenidamente que exije el caso. Incluso en los menores detalles, de lo contrario no se haría cargo de la situación.

Oliver Mamppos empezó a hablar con cierta firmeza. Pero su voz se fue haciendo insegura y temblorosa conforme la narración iba hacia adelante.

Una narración, qué duda cabe, capaz de poner los pelos de punta a cualquiera. Una muchacha que había sido enterrada viva. Una muchacha embarazada que había dado a luz metida en un nicho. Eso no se supo hasta que los sepultureros fueron a concluir el trabajo al

día siguiente, encontrándose con la losa fuera de su sitio y a la muchacha allí, medio cuerpo dentro y medio fuera, muerta, desangrada.

—¿Comprende todo el horror de lo sucedido? —preguntó Oliver Mamppos, a continuación.

—Sí —asintió Ross Carey—, pero lo que no comprendo en absoluto es como el doctor que la asistió...

—El doctor Bims —puntualizó.

—...Como la dio por muerta, sin estarlo —concluyó.

—La muchacha se sintió enferma y cayó poco después en estado de coma, el doctor Bims dijo que le había dado un ataque al corazón y que desgraciadamente no iba a poder hacerse nada. Cuando le cesó la respiración, dijo: «Ha dejado de existir»! Nadie de los presentes osó ponerlo en duda.

—Y la muchacha estaba embarazada —insistió Ross Carey.

—Sí.

—Y nadie lo sabía.

—Nadie.

—Por lo visto ni el doctor.

—Ni siquiera él.

—Ejem..., ejem... —tosió Ross Carey—, Bueno, ¿y qué vida llevó el hijo?

—La hija —aclaró.

—¿Qué vida llevó? —preguntó de nuevo.

—Desapareció al mismo tiempo que nuestro perro...

Ross Carey recordó lo que Sally le había explicado respecto a su nacimiento y respingó:

—Repítame eso, ¿quiere?

—Nuestro perro, que era un ejemplar magnífico, se la llevó metida en un hato. La madre debió ponerla allí y pedir al perro que huyera lejos, lejos...

—Es mucho suponer, ¿no cree?

—No —dijo Oliver Mamppos, cada vez más insegura y temblorosa su voz— porque Charlotte, éste era el nombre de la madre, debió suponer desde el horror de aquel encierro, desde lo macabro y espeluznante de aquel nicho, que alguien la había envenenado... Así pues, debió hacer todo lo posible para que su hija no corriera ningún peligro...

—¿Y alguien, en efecto, la había envenenado? —quiso saber el detective.

—Yo personalmente opino que sí. Pero cuando nos enteramos de que Charlotte había sido enterrada viva y de que luego, dando a luz, había muerto... Bueno, unos y otros, de común acuerdo, optamos por silenciar los hechos y por echar tierra sobre el asunto.

—Una postura cómoda.

—Y egoísta, esto es indudable. Pero si ya estaba muerta, ¿de qué podía servirnos remover en lo sucedido?

—Continúe. Ahora viene la segunda parte, ¿no?

—Sí, viene ahora, veinte años después. Verá... —se detuvo unos segundos, que aprovechó para sacar un pañuelo y secarse el sudor que perlaba su frente—, verá... el otro día recibí a mi hermano Osmond y a Natalie, su esposa. Recibí á Tom... Tom Connors, que es el hermano de mi mujer. Recibí también al doctor Bims, nuestro médico de cabecera. Pues bien, cuando Sabina...

—¿Quién es Sabina?

—¡Ah, claro, no se lo he dicho! Es mi esposa. Pues bien, nos reunimos e íbamos ya a sentarnos a la mesa, cuando vimos una carta en la repisa de la chimenea... Alguien, no

sabemos quién, la había colocado ante nuestros ojos...

—¿Qué decía esa carta?

—Se la voy a leer... —la sacó del bolsillo de su americana y desdobló el papel.

«Charlotte tuvo una hija. La niña fue llevada por "Lucero" hasta los carromatos de un circo ambulante, siendo adoptada por el hombre lanza cuchillos. Hoy, veinte años después, el circo va a volver y de nuevo va a estacionarse en el mismo lugar, en idéntico descampado, muy cerca de Crossey. Permanecerá aquí unos diez días. Con el circo ha vuelto Sally, que éste es el nombre de la hija de Charlotte. ¿Sabe Sally lo que la familia Mamppos hizo con su pobre madre? ¿Sabe que la envenenaron? ¿Sabe que la enterraron viva...»

Oliver Mamppos se detuvo sin aire en los pulmones, jadeando de un modo lastimoso.

—¿Y bien? —inquirió Ross Carey.

Se mostró sereno e imperturbable, pero le había afectado enormemente saber que la muchacha que acababa de conocer era, en realidad, la protagonista principal de aquella historia.

—Desde el momento que leí estas líneas, escritas con letras mayúsculas como puede ver... —le mostró la carta—, tengo la certeza de que alguien va a querer matarme... Pero no, no tengo ni idea —se atragantó— de quién pueda ser ese alguien...

—¿Acaso cree a esa muchacha, a esa tal Sally —inquirió Ross Carey—, capaz de tomarse la venganza por su mano?

—Ni siquiera la conozco —dijo Oliver Mamppos—. No sabría decirle... Pero ¿por qué —se apresuró a hacer constar— había de temer de ella? Yo amé a su madre, y la amé intensamente, tanto, que por complacerla hubiera sido capaz de todo, incluso de separarme de mi esposa.

—Pero Sally puede no saber eso.

—Es factible, claro. Cabe muy bien esa posibilidad.

—Oiga —y sin andarse por las ramas quiso saber—. ¿Sally es su hija?

—No —respondió de un modo categórico.

—¿Sabe de quién lo es...?

—No —volvió a decir—. Solo sé que estoy en peligro de muerte. Quizá me lo merezco, por cobarde. Cuando sucedió aquello, no debí resignarme a echar tierra sobre el asunto. Debí averiguar toda la verdad, cayera quien cayera...

—Tuvo miedo de hacerlo, ¿no es eso?

—Sí —admitió—. Unos y otros eran de mi familia. Si encontraba un culpable, sería de los míos. Sí, tuve miedo, lo confieso.

—¿Qué me dice de la servidumbre? —preguntó Ross Carey—. Supongo que ahora no es la misma de hace veinte años.

—Sí, lo es. Roddy, el mayordomo. Lydia, la doncella. Agatha, la cocinera, y Katty, la vieja sirvienta. Y también están ahora aquí, en esta casa, pasando una temporada conmigo y con mi esposa y mis dos hijos, los mismos familiares que por aquel entonces... Somos todos, todos, los mismos.... Una coincidencia escalofriante, ¿no le parece?

—Pudiera serlo. Pero ¿qué me dice del doctor Bims? —preguntó—. Recelar de él en mayor o menor medidas, es lo lógico, ¿no cree? Resulta difícil creer en su inocencia...

—Tal vez... Tal vez... —admitió. Dijo seguidamente—: Vive en Crossey. Muy a menudo frecuenta esta casa.

CAPITULO III

A través de la niebla el doctor Bims se acercó a ese lago de aguas turbias, opacas, casi tenebrosas, que se hallaba situado muy cerca de la localidad de Crossey. Ese lago cuyas orillas dejábanse ver recubiertas de altas hierbas y cañaverales.

Llegó hasta allí con pasos lentos, arrastrados, igual que si una vejez mortal se hubiera adueñado de él. Pero el doctor Bims no era todavía un viejo, ni mucho menos. Tenía apenas cincuenta años.

Sin embargo, eran demasiado intensos y torturadores los remordimientos que llevaba consigo desde hacía veinte años. Que llevaba consigo minuto a minuto, día a día, como la condena más dura, despiadada e implacable.

Se dejó fascinar por el dinero que le ofrecieron y se vendió. Creyó que soportaría su bajeza, su mezquindad, pero se equivocó. A sí mismo se había catalogado de vil una y mil veces.

Y ahora, por si esto fuera poco, resultaba que el pasado emergía de ese endemoniado mundo de remordimientos del que no había podido escapar. Surgía el pasado, implacable y desafiador. Tal vez, incluso, vengativo.

Sí, vengativo.

¿Por qué no?

Si Sally, la hija de Charlotte, sabía todo lo sucedido, nada tendría de extraño que remontando en acerbo e incontenible odio quisiera aniquilar a todo aquel que...

Estaba convencido de que sí, de que Sally lo sabía ya todo. Alguien debía haberle puesto al corriente de tales hechos. De ello que su presencia, allí en Crossey, fuera sin duda a tener una finalidad inquietante.

¡Maldita aquella carta, donde alguien les informó de la inminente llegada del circo ambulante y de Sally! Desde entonces no comía, no dormía, en suma, no vivía. Su existencia se limitaba a un respirar agitado, jadeante.

Pero ¿quién había escrito esa carta? Era difícil dar con la respuesta.

El doctor Bims se detuvo, cerca ya del lago, y siguió dando vueltas a lo mismo. A su ambición de antes, a sus remordimientos desde hacía veinte años, a su miedo de ahora.

Un miedo que no acertaba a contener, quizá porque cada vez era más intenso, más profundo. Resultaba agobiante, hiriente, casi palpable.

De pronto, el doctor Bims dejó sus cavilaciones y se puso a temblar. De arriba abajo, de pies a cabeza.

Acababa de ver a través de la niebla... Estaba a no muchos metros de él.

Y presintió, supo ya, sin necesidad de otra cosa, que poco más podía

esperar de la vida. La muerte la tenía allí.

Pero bien mirado, reflexionó, ¿por qué suponerlo así...? Estaba demasiado nervioso, demasiado excitado.

—Creía estar solo —murmuró, dirigiéndose a esa persona a la que no esperaba ver.

No recibió respuesta. Esa persona no despegó los labios. Desde luego, su mirada cruel e implacable resultó elocuente, aterradoramente elocuente...

Al doctor Bims le dieron tentaciones de gritar. Pero se dijo que eso, a más de resultar ridículo, de poco iba a servirle. Lo único práctico y razonable sería echar a correr.

No quiso pensárselo más. Vacilar podía costarle muy caro. Y puesto que aún le separaban varios metros de su enemigo, era el momento idóneo de huir.

En efecto, dio media vuelta y se dispuso a correr con todas sus fuerzas, como un gamo.

Relativamente cerca tenía el bosque. Una vez allí todo serían ventajas para él.

Pero apenas hubo quedado de espaldas, sintió un dolor en la nuca. Un dolor horrible, espantoso, lacerante.

No había oído como algo silbaba en el aire.

Era un cuchillo. Un cuchillo lanzado a distancia, que cortó el aire como una exhalación. La hoja del cuchillo, recién afilada, se le había incrustado en la nuca. Y con tal violencia, con tal fuerza, que la hoja le había partido la séptima vértebra cervical, le había atravesado el músculo cúbical anterior y la laringe, saliéndole por la yugular...

Todo esto en unos brevísimos, macabros y espeluznantes instantes.

Y dos aparatosos chorros de sangre, uno por el orificio de entrada y el otro por el de salida, fueron la trágica culminación de una vida que de súbito se debatió en la agonía.

El doctor Bims cayó de espaldas, por lo que el mango del cuchillo había de terminar de hundírsele más. Hasta el fondo., Hasta la mismísima empuñadura.

Fue entonces cuando exhaló un tétrico gemido y la sangre le fluyó también por entre los labios. Fue una bocanada terrible.

Después, ya nada.

Porque nada es aquel que ya ha muerto.

***

El pelirrojo Tom Connors, hermano de Sabina, apareció sin aliento en el umbral de la puerta de la biblioteca. Y buscó con la mirada a Oliver Mamppos, su cuñado. Le buscó con una mirada cargada de angustia.

—Estremecedor... Estremecedor... —murmuró.

—¿Qué sucede?

Sólo encontró fuerzas para adentrarse en la amplia estancia y para

dejarse caer en uno de aquellos cómodos y mullidos sillones.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar Oliver Mamppos. Conocía el carácter de Tom Connors, poco propenso a dejarse impresionar por los hechos ni por las circunstancias. Le tenía, desde luego, por el más equilibrado de toda la familia. De ello que aquella angustia, que tan claramente expresaba, le hiciera temer algo malo. Muy malo.

—He salido a dar una vuelta —le oyó decir—. Sabes que me gusta hacerlo después de desayunar. Y le he encontrado junto al lago...

—¿A quién has encontrado?

—Al doctor Bims.

—Bien, ¿y qué?

—Le he encontrado... muerto.

—¿Muerto? —y el cuerpo de Oliver Mamppos sufrió una violenta sacudida, pero no, lo cierto es que no le parecía demasiado sorprendente la noticia.

—El cuchillo le ha atravesado el cuello, entrándole por la nuca y saliéndole por la yugular

—explicó—. Ha debido morir en el acto.

—Algo así me estaba temiendo... —musitó Oliver Mamppos pocos instantes después.

—¿Lo temías? —inquirió Tom Connors.

—Sí, sí. El pasado surge de nuevo ante nosotros y de una manera u otra tendremos que pagar el precio que ese pasado nos pida, nos exija... Estoy convencido, plenamente convencido, de que así va a ser. Esa convicción es ya una idea fija en mí. Una idea que me martillea incansablemente en el cerebro.

—¿Qué has querido decir, Oliver? —y Tom Connors se incorporó en el sillón.

—Nada que tú no sepas, Tom. O nada que por lo menos tú no sospeches —y mirándole rectamente—. Alguien de nuestra familia fue el causante de que a Charlotte la enterráramos viva. Fue el causante, pues, de su horrible muerte... Y esa persona, quien sea que fuera, contó con la inestimable colaboración del doctor Bims.

—Si, claro —asintió Tom Connors—. He pensado en ello muchas veces. No pudo ser de otra manera.

—En tal caso, que la primera víctima haya sido el doctor Bims no puede sorprendernos nada...

—¿Insinúas, acaso, que va a haber más de una víctima?

—Si Sally nos odia de la misma manera que alguien de nuestra familia odió a su madre...

—Pero está la policía, ¿no? —inquirió Tom Connors—. Le pondremos al corriente de esa carta que hemos recibido, de lo que tenemos, y actuarán en consecuencia...

—¿Y sacar a relucir todo el pasado? ¡Oh, no, eso no es posible! —

exclamó Oliver Mamppos—. Yo al menos no me atrevo a tanto.

—Pero no vamos a resignarnos a que la hija de Charlotte nos vaya eliminando uno a uno...

—¿Quién te asegura que ha sido ella quien ha matado al doctor Bims? Sólo son figuraciones.

—Pensar en otra persona no tiene sentido.

—¿Tú crees que no? —y Oliver Mamppos mostró un gesto escéptico.

—¿Acaso tú crees que sí?

—Si, sí. Y tú también piensas como yo. No quieras engañarme.

—Pues yo... la verdad...

—La verdad es, Tom, que aún no sabemos quién fue el asesino de Charlotte. Ni sabemos exactamente por qué actuó de aquella manera. Pero podemos imaginarnos los motivos, ¿no crees?

—Tal vez sí —convino Tom Connors—. Cuesta poco recordar que tú, por aquel entonces, estabas dispuesto a divorciarte de tu mujer.

—Mi mujer, que da la coincidencia de que es tu hermana —detalló.

—Lo que no quiere decir —hizo constar—, que haya estado incondicionalmente de su parte. En vuestras riñas, en vuestros enfados, en vuestros desacuerdos, siempre me he mostrado razonable, ecuánime.

—Me he dado cuenta de ello y te lo agradezco. Pero eso no quita que Sabina sea tu hermana y que la idea del divorcio no debía agradarte en absoluto...

—No, en absoluto, en esto tienes razón., Pero ¿qué estás insinuando, Oliver? —se levantó del sillón y quedó ante su cuñado, sin bajar la mirada.

—Sólo insinúo que... de alguien tengo que desconfiar. Sólo que, quieras o no, de alguien he venido desconfiando desde hace veinte años.

—No será de mí, ¿verdad?

—De nadie en concreto —repuso— pero de todos un poco. Sería absurdo que lo negara. Y esa desconfianza —añadió— se agiganta ahora. Ahora que hemos recibido esa carta... Una carta en la que, queda claro que el pasado no ha muerto...

No siguieron hablando porque Sabina se presentó allí. Llevaba esmeradamente peinados sus pelirrojos cabellos. La vieron torcer el gesto. No le había gustado lo que acababa de oír.

—¿Sucede algo? —quiso saber.

—Sí —le dijo su hermano—. El doctor Bims ha muerto. Le han asesinado. Acabo de encontrarme con su cuerpo sin vida, junto al lago.

Sabina se tambaleó.

—Avisaremos a la policía —dijo, pocos instantes después.

—Pero nos limitaremos a eso —le comunicó Oliver Mamppos—. Otra cosa nos obligaría a hablar de todo lo acaecido hace veinte años.

—Sí, claro —asintió Sabina, que aún pareció que se tambaleaba algo.

—Además, temiéndome no se qué, pero indudablemente temiéndome algo, esta misma mañana he contratado los servicios de un detective. El

señor Carey, Ross Carey... Así pues, en este delicado asunto no estamos solos...

—¿Has contratado a un detective? —se extrañó Sabina.

—Desde hace días y días —repuso Oliver Mamppos—, desde que encontramos esa carta sobre la repisa de la chimenea, no sabía en verdad qué determinación tomar. Pero esta madrugada, de pronto, he tenido la idea... Un detective privado era lo mejor, podía ser la ayuda que necesitábamos... O que por lo menos —detalló— necesito yo...

—Te veo asustado, Oliver —dijo ella.

—Lo estoy —reconoció—. Bueno, ahora no tanto. A propósito, permitirme que os presente al señor Carey de quien acabo de hablaros...

Ross Carey estaba en la misma estancia, si bien al otro extremo, sentado en un sillón de orejeras. No se le veía. Ojeaba unas fotografías que Oliver Mamppos había puesto en sus manos, pues había querido, ante todo, que conociera a Charlotte, Y allí estaba la muchacha, en varias fotografías.

Al oír lo que acababa de decir el dueño de la casa, Ross Carey se levantó. Lo que no había hecho antes, ni siquiera al enterarse de que ese tal doctor Bims había muerto asesinado.

—A la disposición de ustedes —y tras acercarse, fue realmente taladrante la mirada que clavó en Sabina y en su hermano.

—Confiamos en usted —dijo Tom Connors.

—Y en su discreción —añadió Sabina.

—Voy a cobrar mil libras diarias —contestó Ross Carey, como argumentando la mejor de todas las razones.

No mucho después, el joven y atlético detective conocía a Osmond Mamppos, el que había sido, y seguía siendo, la oveja negra de la casa. Quien seguía siendo, por lo demás, un hombre guapo siempre con la sonrisa en los labios.

Conoció asimismo a Natalie, la esposa de Osmond Mamppos, de cabellos color castaño, de ojos claros, de elegante silueta. Cualquiera la hubiera catalogado de muy bonita, aunque, claro está, ya no era la chiquilla de hace veinte años.

Conoció también a Brian, el hijo mayor de Oliver Mamppos, un joven de unos veintiocho años, delgado, un poco tímido. Y también a Emma, la hija menor, de unos veinticuatro años, una muchacha muy risueña.

—Díganos, señor Carey, ¿por dónde va a empezar...?

El aludido miró a Natalie. Había sido ella quien le había formulado la pregunta.

—Empezaré por llegarme hasta el circo ambulante —comunicó, mirando a unos y a otros

—y por dialogar un poco con Sally... —y agregó—: ¿Acaso no es ella el eje de toda esta historia?

CAPITULO IV

Descendió la colina y llegó hasta el descampado, donde seguían estacionados los carromatos. Donde, más allá, se alzaba la lona del pequeño circo.

De allí a las primeras casas de Crossey debían haber apenas unos doscientos metros. Su cercanía haría, sin duda, que el público acudiera y llenara las gradas en aquellas dos funciones señaladas para el día siguiente domingo.

Hasta entonces, los componentes del modesto circo ambulante ejercitarían sus nuevos números, sus nuevas acrobacias, y también se dedicarían a descansar un poco. Les esperaba una gira de seis meses. Una tarea que no admitía desfallecimientos.

Ross Carey llegó hasta allí y se detuvo. Quiso echar un vistazo a todo aquello y empezar a sacar sus propias conclusiones.

Pero no tuvo tiempo apenas de nada. Así que se detuvo, vio a Sally cerca de uno de los carromatos. Reparó en su esbelta silueta, en el cabello rubio cortado muy corto, como un chicuelo travieso. Y reparó asimismo, complacido, en sus ojos oscuros, muy oscuros, de brillante mirada. Seguía llevando los pantalones téjanos y la blusa roja, sin mangas.

Sally también le vio a él y corrió a su encuentro.

—¡Oh, no esperaba que vinieras tan pronto! —exclamó al llegar a su lado.

—Pues ya ves, aquí me tienes...

—Qué, ¿te gusta esto? —preguntó la muchacha e indicó el circo, y todo lo que formaba parte del —dijo Ross Carey.

—Un mundo fascinante

—De veras te lo parece.

—Claro que si. Estando tú en él. —pero pensó que debía ir directo a lo que le interesaba —Dime, ¿podría hablar con tu padre?

—No es mi padre —repuso Sally—, ya te lo dije. Es tan solo el hombre que me ha hecho de tal.

—Para el caso viene a ser lo mismo.

—Eso creo yo.

—¿Podría hablar con él? —insistió.

—No comprendo. ¿De qué quieres hablar con él? — y Sally pareció sentirse algo inquieta y desasosegada.

—De una muerte —manifestó Ross Carey.

—¿Qué muerte? —preguntó ella.

—Han asesinado al doctor Bims...

—No he oído hablar de él en toda mi vida.

—Ha muerto el doctor Bims —repitió—. Le han encontrado con un cuchillo clavado en el cuello, más bien atravesándoselo...

—¿Y qué? —lo oído bastó y sobró para que Sally se pusiera en guardia.

—Tu padre entiende de eso, de cuchillos, ¿ no? —con esto dio la sensación de haberlo dicho ya todo.

—Se gana la vida arrojándolos... Pero eso no tiene nada que ver con lo que haya podido suceder... ¡Si como detective que eres te imaginas otra cosa, te pasas de listo, te lo advierto!

—y Sally se indignó.

—No te enfades, monada. Yo no he dicho que sospeche de tu padre. Me he limitado a hacer constar que tu padre entiende del tema... —y añadió—: El puede ayudarme, comprendes?

—¿Ayudarte...? —y Sally se calmó.

—Sí, claro —asintió Ross Carey—. El podrá decirme qué fuerza ha de llevar forzosamente un cuchillo para poder clavarse en un cuello y atravesarlo... Qué distancia, lógicamente, es válido suponer que haya podido recorrer...

—Me hago cargo —Sally sonrió—. Perdóname, pero por un momento había llegado a suponer que sospechabas de él. ¡Imagínate qué cosa más absurda!

—Completamente absurda, claro —asintió, para terminar de tranquilizarla. Y añadió—. Por favor, vete a buscarle.

—Sí.

Sally se alejó un poco, metiéndose después en uno de aquellos carromatos. Del cual salió, pocos instantes después, aquel hombre de unos sesenta años, bajo y recio, de brazos largos, de expresión fiera, con la cabeza calva. El torso seguía llevándolo al descubierto, mostrándolo totalmente cubierto de vello. Pero a pesar de su aspecto, lo dicho, tenía cara de buena persona. Parecía un orangután inofensivo.

Se dirigió hacia Ross Carey. Se dirigió rectamente hacia él.

—Me llamo Jerry... Jerry Fleisser. Usted dirá lo que quiere de mí.

—Se trata de que han matado a un hombre.

—Eso me ha dicho Sally. ¿Y bien?

—Han acabado con su vida clavándole un cuchillo en el cuello. Es de suponer que lo han hecho a distancia... De esto ante todo se trata, de que usted, como entendido en la materia, tenga a bien...

A continuación, Ross Carey le hizo unas cuantas preguntas, todas ellas, por descontado, de índole profesional.

Preguntas a las que Jerry Fleisser respondió sin demostrar que le molestara, ni poco ni mucho, tener que hacerlo.

—Para acabar con la vida de un ser humano del modo que usted me ha indicado, el cuchillo ha de ser lanzado con mucha fuerza... Pero una mujer puede hacerlo lo mismo que un hombre... La gente cree que para eso, como para las pruebas de lanzamiento de martillo, peso, disco, o jabalina, se requiere ante todo fuerza bruta... No es así exactamente..

También respondió.

—La distancia idónea para haberlo hecho, calculo que será de unos cinco metros... Hasta aquí todo fue bien en la conversación. Pero Ross Carey dijo poco después:

—Hace veinte años, un perro les llegó con un hato entre los dientes. Dentro de ese hato iba Sally, ¿no es eso?

Y fue entonces cuando, de súbito, el inofensivo orangután dio la sensación de no ser tan pacífico como uno pudiera haberse imaginado.

—¡No toque ese tema! —exclamó, y rechinó furiosamente entre dientes—. ¡Yo y mi esposa adoptamos legalmente a Sally! Ha sido como nuestra hija. Mi esposa ya no vive — agregó— pero yo sí... Y mientras yo viva, nadie me separará de ella, pues es la persona que más quiero en este mundo.

—No estoy pretendiendo hacerle el menor daño —dijo Ross Carey—. Se lo aseguro a usted.

—Alguien le envía, ¿no es eso? —su expresión reflejaba recelo—. Quizá, tal vez, su familia... No, no me lo diga. No quiero saberlo. Sea buena o mala esa familia, Sally no les pertenece ya a ellos. Sólo me pertenece a mí.

—Comprendo su postura —asintió Ross Carey.

—Espero que lo comprendan «ellos» —recalcó la palabra—. Porque antes de permitir que me la quitasen, sería capaz de matarles a todos, uno tras otro —y en su mal contenida cólera pareció rugir.

Fue lo último que habló en ese sentido. Sally se acercaba. Los ojos le brillaban de un modo fascinador.

—Tiene una hija preciosa —alabó Ross Carey.

—Gracias —sonrió ella.

Jerry Fleisser se limitó a ofrecer un silencio hosco, huraño, que no presagiaba nada bueno.

***

Al llegar a la casa, Ross Carey pensó que lo mejor que podía hacer era dialogar un poco con los componentes del servicio.

Empezó por Roddy, el mayordomo, alto, moreno. Quien le respondió a todas y a cada una de sus preguntas con absoluta naturalidad. Luego conversó con Lydia, la doncella. Era tan agraciada que costaba imaginar cómo se había quedado soltera. Seguidamente le tocó el turno a Agatha, la cocinera, a quien los años iban engordando más y más. Y finalmente habló con Katty, la vieja sirvienta de la casa. Vieja ya hacia veinte años. Actualmente rozando los noventa.

—Cuando murió Charlotte, usted la vistió, ¿verdad? —le preguntó Ross Carey—. Así me lo han dicho, aunque en este momento no recuerdo quién... —había sido Oliver Mamppos, el dueño de la casa, y por descontado lo recordaba perfectamente—. Respecto a ello desearía hacerle

una sencilla pregunta. Espero que me la responda lealmente.

—Diga... diga usted —se aturrulló la anciana.

—Nadie sabía que Charlotte estaba embarazada, pero usted sí, ¿me equivoco? —y anticipándose a su respuesta—. Otra suposición resultaría tan falta de sentido común...

—En realidad —repuso Katty— esperaba esta pregunta. Antes o después, alguien tenía que hacérmela. Pero en estos veinte años nadie me la ha hecho.

—Ahora se la hago yo.

—Sí, sabía que Charlotte estaba embarazada. ¿Cómo no saberlo si ella no tenía secretos conmigo?

—Entonces, si no tenía secretos con usted, debe saber quién fue el padre de la criatura.

—Lo sé. Pero, por favor, no me pregunte su nombre. Siempre he creído que era mi obligación silenciarlo.

—Pero ahora las cosas han cambiado. La aparición de esa carta sobre la repisa de la chimenea...

—Estoy al corriente de lo sucedido —la vieja sirvienta asintió—. Desde hace días no se habla de otra cosa en esta casa.

—Hágase cargo, viviendo la hija de Charlotte todo es ahora muy distinto. Hay que enfocar la situación, por tanto desde otro punto de vista. Sobre todo teniendo en cuenta que ha muerto asesinado el doctor Bims...

—¿Sospecha de alguien? —preguntó Ross Carey—. De ser así, debiera decírmelo.

Callarlo sólo podría llevarnos a...

—Yo sólo sé —puntualizó Katty— que no sospecho de Sally, que no puedo sospechar.

No la conozco aún, pero estoy segura de que será adorable, como lo fue su madre.

—Hábleme de Roddy, el mayordomo. De Lydia, la doncella. De Agatha, la cocinera.

Puesto que los tres servían ya en esta casa hace veinte años...

—¿Qué quiere saber de ellos?

—Ante todo si están al corriente de quién fue el padre de esa criatura —y Ross Carey volvía, aunque con otro enfoque, a la misma cuestión.

—Ignoro lo que los otros saben o dejan de saber. Pregúnteles a ellos. Es lo más sencillo,

¿no le parece?

—En fin, cuénteme el resto. Lo que sepa de ellos.

—Son buenos compañeros. Nunca he tenido la menor queja de ninguno de los tres. A lo sumo, tal vez, de Lydia. Tiene un poco de mal carácter...

—¿Sí?

—Sí. Pero no creo que la culpa sea sólo de ella. Sería más afable y

cariñosa, me consta, si Roddy la prestara un poco más de atención. Atención amorosa, sentimental...

—¿No es así?

—No —fue rotunda la respuesta—. De ello que pueda asegurarse que Lydia ha perdido la juventud esperando un milagro que no ha llegado.

—Pues es muy bonita...

—De poco le ha servido. Pero tampoco creo que esté arrepentida de haber procedido como lo ha hecho. Me consta que sigue enamorada de Roddy.

—¿Y qué me dice de Agatha, la cocinera? —y sin más—. ¿La tiene por ambiciosa?

—¿Ambiciosa? —a la vieja sirvienta le había sorprendido que se catalogara así a una mujer como aquélla—. ¡Oh, no, en absoluto!

—Entonces, ¿no resulta válido suponer que pudo, en el pasado, hacer algo indebido por cobrar una buena cantidad de dinero?

—¿Algo indebido? —se extrañó—. ¿Cómo qué...?

—Como, por ejemplo, envenenar una comida o una bebida — sentenció Ross Carey.

—¡Oh, no! —volvió a exclamar la vieja sirvienta, esta vez juntando las manos con gesto escandalizado.

—Bueno, bueno... —y volviendo a la carga—. Sería conveniente para todos que me dijera quién es el padre de Sally...

—Se lo ruego, no insista.

—Debo insistir, hágase cargo.

Katty vaciló. Tal vez comprendía que sería un error, un error mayúsculo, silenciar un hecho que, evidentemente, podía ser la diana de todo aquel asunto. Un asunto que, luego de veinte años, se removía de un modo que helaba la sangre en las venas. Pero algo, no supo exactamente qué, hizo que Katty se decidiera a callar. A callar por lo menos mientras no se lo pensara mejor.

—Pregúntemelo mañana... —murmuró finalmente—. Mañana, tal vez, me decida a decírselo...

—De acuerdo —zanjó Ross Carey.

***

Oliver Mamppos había estado hablando con Brian y Emma, dos hijos a los que quería entrañablemente. De ello, quizá, que todo en su expresión reflejara el temor que sentía. Temor por la suerte que pudieran correr.

Brian y Emma tenían por costumbre salir a dar una vuelta en coche, cada uno en el suyo. Y era la hora en que solían hacerlo, el atardecer. Así que, tras la conversación sostenida, dejaron solo a su padre en la biblioteca. Donde el dueño de la casa, muy aficionado a la lectura, solía recluirse durante horas y horas.

Pero antes de que salieran de la casa, Ross Carey creyó llegado el

momento y la ocasión de conversar con ellos. Así pues, les salió al encuentro, diciéndoles:

—Me gustaría que vieran unas fotografías.

Los dos hermanos se miraron entre sí, un poco sorprendidos. Aunque no demasiado, ésta es la verdad.

—¿A qué fotografías se refiere? —preguntó Brian, con cierta timidez.

—¿A esas en que estamos con Charlotte...? —preguntó a su vez Emma, por lo visto deduciendo rápidamente.

—Sí —reconoció Ross Carey.

—Estoy a su disposición —dijo Brian—. Si en algo puedo ayudar al detective que ha contratado mi padre...

—Estamos a su disposición —amplió Emma, con ese gesto risueño tan habitual en ella.

—Son muy amables.

Pasaron a la salita, donde Ross Carey, sobre una pequeña mesa, había dejado las fotografías. Eran las mismas, por descontado, que Oliver Mamppos le mostrara ya el primer día de su llegada.

—Son éstas... —indicó—. Me gustaría que me dijeran si recuerdan el día en que fueron hechas...

Brian y Emma miraron las fotografías. Las habían visto muchas veces, pero de la última vez hacía ya varios años.

Una de ellas estaba hecha en el bosque, mientras merendaban. Charlotte permanecía al lado de Brian, que por aquel entonces tendría unos ocho años, y al lado de Emma, que contaría unos cuatro. Cerca de allí estaba su madre, una Sabina mucho más joven, pero idénticamente pelirroja. Más al fondo se veía a Oliver Mamppos, y a su hermano Osmond, a a su entonces novia, o medio novia, Natalie.

Más lejos que nadie se dejaba ver Tom Connors, el hermano de Sabina. Todos se hallaban alegres y contentos.

En otra de las fotografías se les veía junto al lago, muy cerca de las altas hierbas y cañaverales que recubrían sus orillas. Eran los mismos, pero colocados de otro modo. Se veía a Oliver Mamppos situado muy cerca de Charlotte. Sabina les observaba con expresión indudablemente recelosa. Natalie y Osmond charlaban más allá. En cuanto a Tom Connors, el pelirrojo hermano de Sabina, fruncía el entrecejo. Era fácil deducir que esta fotografía había sido disparada sin avisar.

—Ese día está muy lejano —repuso Brian—. Lo pasamos bien, eso sí lo recuerdo... Pero en cuanto a decirle algo más... —Yo era tan pequeña, como usted puede ver... —se justificó Emma.

—¿No recuerda algún detalle, algún pormenor...? —y Ross Carey se dirigió ahora exclusivamente a Brian.

—No sé, no sé —dijo éste. Y reflexionando—. Quizá que mi tío Osmond nos divertió mucho. Se subía a las ramas de los árboles y se balanceaba como un mono.

—Sí, es cierto —corroboró Emma, risueña—. Ahora que lo dice Brian, me acuerdo también de eso...

—¿Y quién disparaba las diapositivas? —preguntó seguidamente Ross Carey—. Veo a todos en las fotografías. No, no falta nadie de la familia.

—La cámara la accionaba Roddy, nuestro mayordomo —le informó Brian.

CAPITULO V

Ross Carey se propuso tener localizados a los componentes de la familia Mamppos. Así podría defenderles si algún peligro les acechaba, o podría vigilarles si, por el contrario, se daba el caso de que el verdadero peligro estaba en uno de ellos...

Pero no le facilitaban el trabajo. A menudo salían de la casa, descendían la colina y se alejaban de allí.

Brian y Emma lo hacían en sus respectivos coches. Tom Connors a pie, le encantaba dar largas caminatas. A Osmond Mamppos también le gustaba pasear, pero él, por lo menos así lo aseguraba, apenas llegaba hasta los linderos del bosque, luego regresaba. No lo hacía así Natalie, su esposa, pues a ella le gustaba internarse en el bosque y quedarse allí un buen rato escuchando el canto de los pájaros. Sabina, por su parte, también se alejaba bastante, aunque ella se dirigía siempre hacia el lago. El único que se quedaba invariablemente en la casa era Oliver Mamppos.

—Recuerden que el doctor Bims ha muerto asesinado —les dijo Ross Carey— y que en consecuencia no resulta descabellado pensar en una nueva víctima. Yo de ustedes me quedaría bajo el amparo de este techo.

Pero o no creían en el peligro, lo que resulta bastante problemático, o se facilitaban las cosas a sí mismos para poder investigar por su cuerna. Sí, ésta debía ser la razón de que no le hicieran caso.

Ross Carey prefirió no insistir al respecto, dado que ya eran mayorcitos para saber lo que hacían, o por lo menos, qué duda cabe, había que considerarlo así.

—Por lo visto —opinó Oliver Mamppos un par de días después, en el despacho de la casa— no tienen en usted la debida confianza y creen que ellos van a poder esclarecer mejor... —no acabó la frase.

Pero demostró que, sin necesidad de más, había llegado a la misma conclusión que el joven detective.

—Por favor, esfuércese por vigilar a mis hijos, a Brian y Emma —añadió Oliver Mamppos.

—Me lo ponen difícil —repuso Ross Carey.

—Sí, me hago cargo —asintió. Y cambió de tema—. A propósito, le enseñé aquellas fotografías... Lo hice para que conociera a Charlotte, para que pudiera constatar si Sally se le parece... ¿Qué me dice a eso?

—Sí, hay cierta semejanza entre ambas —reconoció el detective, que se había ya percatado del parecido que existía entre la joven de las fotografías y Sally, la muchacha que trabajaba en aquel circo ambulante.

—Si tuviera valor —confesó seguidamente Oliver Mamppos— me gustaría conocerla. Pero no, ese valor me falta. Quizá porque tengo miedo y no sé en realidad quién me lo inspira... Puede que sea la propia Sally, puede que tal vez sea otra persona de mi propia familia... Quizá sea quien menos

me imagino... No sé, no sé qué pensar exactamente, ni de ella ni de los demás...

—Ha contratado mis servicios —dijo Ross Carey— y me paga bien. No se apure. A usted no le pasará nada malo.

—Tampoco a mis hijos, ¿verdad?

—Si quiere que se lo garantice, convénzales para que no salgan de la casa mientras ese circo ambulante se halle detenido en el descampado. Ni tampoco —añadió— mientras el interrogante que se cierne sobre esa historia del pasado no se haya esclarecido convenientemente. Mientras yo, en suma, no les dé el correspondiente permiso.

—Emma es muy libre, muy independiente, muy difícil de convencer. En cuanto a Brian, siempre acaba haciendo lo mismo que su hermana.

—Siendo así —Ross Carey fue tajante, contundente—, lamento no poder garantizarle nada.

Oliver Mamppos sufrió un escalofrío. Se quedó dando unos dientes contra los otros, a simple vista castañeteando. Aunque a continuación había de esforzarse, pese a todo, por demostrar cierta serenidad.

Pero así que se encontró de nuevo a solas, se dejó caer en el primer sillón que encontró a su lado.

Fue entonces cuando oyó los pasos de su esposa. Su habitual taconeo, rápido, nervioso.

Pero Sabina no iba a su encuentro. Se dirigía única y exclusivamente hacia la mesa del escritorio. Quería coger algo de allí.

Cogió unos cuantos billetes, que por lo visto guardaba muy celosamente en uno de los cajones. Acto seguido se lo entregó a Tom Connors, Este acababa de entrar en el despacho tras ella.

—Aquí tienes —dijo Sabina, entregándole el dinero.

—Gracias —repuso él—. Gracias una vez más. No cabe duda, eres una buena hermana.

—Sí, lo soy —contestó Sabina—. Lo vengo siendo desde que me casé con Oliver y dispuse de dinero. Pero estoy llegando a la conclusión de que abusas de mí. Ya sería hora de que no te vieras envuelto en más líos.

—Tienes razón —admitió Tom Connors con tono sumiso— y te prometo que ésta es la última vez. Ya verás como cumplo mi palabra y...

— Demuéstramelo. De tus palabras ya no me fío...

En aquel momento se dio cuenta de que al otro extremo de la estancia se hallaba su esposo.

Este, ahora, acababa de levantarse del sillón. Acababa de ponerse en pie.

—Por lo que veo —dijo Oliver Mamppos—, estaba engañado y no sólo mi hermano Osmond es la oveja negra de la familia.

Tom Connors torció el gesto. No esperaba verse descubierto de una forma tan inesperada y a la vez tan tonta.

—Disculpa, Oliver —la voz del pelirrojo Tom Connors salió insegura,

en un tono puramente de circunstancias—. Ha sido una jugada desgraciada en Bolsa...

—Por lo que ha dicho Sabina —recalcó Oliver Mamppos— esa jugada desgraciada de Bolsa se ha repetido muchas veces durante estos años.

— No sé como disculparme... —murmuró Tom Connors.

—Bueno, dejémoslo estar —se limitó a decir el dueño de la casa, tras encogerse de hombros—. No puedo reprochar a Sabina la ayuda que te ofrece. No me gustaría que Sabina me reprochara a mi cuando se la ofrezco a Osmond.

—Te agradezco de veras la comprensión que acabas de demostrar —hubo gratitud en los ojos de Sabina.

Pero cuando Tom Connors se retiró, añadió:

—Lástima que la comprensión no sea amor. Oliver la miró.

—Qué quieres decir? —preguntó—. Supongo que a estas alturas está un poco de más...

—¿El qué? —inquirió—. ¿El hablar del pasado? (,EI hablar de esa muchacha por la que estuviste a punto de divorciarte de la madre de tus hijos?

Oliver Mamppos endureció la expresión, enronqueció el tono. Y exclamó, con palabras que sonaron como latigazos:

—Charlotte está muerta, ¿no? Pues déjala descansar en paz.

***

Volvía a haber niebla, de ello que la oscuridad de la noche, que ya empezaba a cernirse sobre los alrededores, amenazara con llegar a ser algo inquietante.

Así lo pensó Katty, la vieja sirvienta de aquella magnífica casa. Por lo que optó por regresar lo antes posible.

Además, había decidido decirle al detective quién era el padre de Sally, y todo lo que sabía. No, callar no podía resultar beneficioso para nadie.

Sin embargo, había cometido una temeridad saliendo de la casa. Katty acababa de comprenderlo. Cierto que apenas se había alejado. No había hecho como los demás, que descendían la colina y se perdían a lo lejos, unos hacia el bosque, los otros hacia el lago. Como es lógico, ella ya no estaba a sus años para esos trotes. Ella se había limitado a andar un poco entre los frondosos árboles que adornaban aquel lugar, en lo alto.

A pesar de eso, debiera no haber salido. Si alguien pretendía eliminarla, le estaba facilitando las cosas.

De pronto, Katty se dio cuenta de que había llegado tarde con sus reflexiones. El asesino le había salido al encuentro. ¡Y ya estaba allí, apenas a unos metros!

Ella no pensó en echar a correr. A su edad ya no podía pensar en eso.

Se limitó a achicarse, a encogerse sobre sí misma. Y luego se puso a llorar a lágrima viva, como pudiera hacerlo una niña temerosa de una paliza.

Pero el llanto se le cortó, en seco, cuando todo en ella fue ya solo miedo, espanto, terror. Cuando ya no existió dentro de sí misma la menor esperanza. Y eso sucedió cuando vio aparecer al cuchillo...

Un afiladísimo y reluciente cuchillo, que la mano asesina no tardaría en lanzar sobre ella. Sí, lo sabía. Ya no podía esperar otra cosa. ¡Aquella mirada cruel, implacable, resultaba tan elocuente, tan aterradoramente elocuente...!

Y entonces Katty creyó que no perdería nada, puesto que todo lo tenía perdido ya, si se dirigía hacia la casa gritando La casa estaba muy cerca, así que si gritaba...

Dio media vuelta y apresuró sus pasos. Por lo menos los apresuró lo que pudo, que por descontado no es decir mucho. Y empezó a gritar.

Sólo empezó.

Oyó como algo silbaba en el aire.

Era el cuchillo. El cuchillo lanzado a distancia, que cortó el aire como una exhalación. Notó dolor en la nuca. Fue un dolor horrible, espantoso, lacerante.

El cuchillo se le había incrustado allí. No pudo caberle la menor duda, porque le atravesó el cuello y le salió por la yugular, por lo que pudo ver la hoja con sus propios ojos. Unos ojos que el terror habían desorbitado.

Sí, el cuchillo, arrojado con inusitada violencia, le había partido la séptima vértebra cervical, le había atravesado el músculo cúbical anterior y la laringe, y finalmente le había salido por la yugular al mismo tiempo que un chorro de sangre.

Por el orificio de entrada también salía sangre. Katty notó como le mojaba el cuello y como le resbalaba espalda abajo.

Ella no cayó hacia atrás como el doctor Bims. Cayó encogida, achicada, parecía un caracol.

Instantes después dejó de respirar. Ya no era nada.

Porque nada es aquel que ya está muerto.

CAPITULO VI

Recibieron de nuevo la visita de la policía. En esta ocasión con mayor motivo puesto que Katty era una de las sirvientas de la casa.

Pero nadie, igual que en el caso del doctor Bims, quiso sincerarse con el inspector. Hacerlo hubiera equivalido a desenterrar el pasado y a eso se resistían de común acuerdo del modo más obstinado. Aunque se sentían conscientes de los riesgos irreparables que tal empeño les podía entrañar.

Lo dicho, optaron por seguir callando. En todo caso hablarían más adelante, si la situación se complicaba. De momento preferían dejar el asunto en manos del joven detective y dejar asimismo en sus manos el desenlace, que si llegaba por su mediación sería sin duda mucho más discreto y mucho menos comprometedor. Lo necesitaban, ya que quién más quién menos, todos se sabían un poco culpables de la reserva, de la ocultación, del silencio con que habían encubierto aquel hecho del pasado.

Ross Carey por su parte, les observaba a unos y a otros no fiándose nada, lo que se dice nada, de ninguno de ellos. Pero tampoco existían motivos para que recelase de alguien en concreto, así que se limitaba a hacer ver que sólo sospechaba del exterior... Es decir, de aquel circo ambulante que habíase detenido en el descampado, cerca de Crossey. Es decir, concretamente, de Sally. ¿Y por qué no de su padre, bueno, del que le había hecho de tal? Quizá de él más que de ninguno, claro. No en vano se ganaba la vida arrojando cuchillos.

Recordó que era domingo y que el circo debía haber abierto sus puertas para la primera sesión de un espectáculo que sin duda sería sencillo, sin grandes ostentaciones, pero donde, evidentemente, podía darse por seguro que no escasearían los números audaces ni las atrevidas y osadas acrobacias.

Pero antes de salir de la casa, decidido a no perderse aquel espectáculo, sobre todo, claro, el número que llevaban a cabo Sally y el hombre que la había adoptado, Ross Carey se encontró con algo que no esperaba.

Estaba en el despacho. Echó un casual vistazo a la máquina de escribir, colocada sobre un pequeño soporte cerca de la grande y lustrosa mesa del escritorio, y se encontró con que allí, alguien había escrito:

«Detective Ross Carey:

»Le espero a las ocho en punto junto al lago, en su orilla más lindante al bosque. Yo se lo explicaré todo.»

Sacó el papel del carril de la máquina y se lo guardó en el bolsillo del pantalón oscuro, sobre el que destacaba el pullover de color gris claro.

Seguidamente se peinó los cabellos en un gesto maquinal de su mano derecha y salió de la estancia.

Unos pocos minutos después, de nuevo desentendiéndose de su coche,

había descendido la colina en largos y ágiles pasos, y se dirigía rectamente hacia el descampado.

La música que salía del circo llegaba ya a sus oídos. Era una música alegre, bulliciosa, de día de fiesta.

Ya allí, compró un billete y entró.

Sobre la pista, bajo la techumbre de lona, unos monos efectuaban en aquel momento unos ejercicios que provocaban la más ruidosa hilaridad entre el público que llenaba los asientos.

El siguiente número era el de Sally y aquel hombre con; trazas de orangután.

Ross Carey le observó detenidamente mientras lanzaba los cuchillos sobre la tabla de madera en la que se pegaba el cuerpo de Sally. Un cuerpo que él vio que temblaba, por más que la muchacha no dejaba de sonreír de cara al público.

Los cuchillos fueron perfilando el cuerpo precioso de la muchacha, sin que la mano que los arrojaba sufriera una sola vacilación, un solo fallo. El último cuchillo, que se incrustó en la madera muy cerca del cuello de la valiente muchacha, provocó una salva de aplausos.

Sally y aquel hombre, entonces, se dieron la mano y se inclinaron repetidas veces agradeciendo el favor del público.

Ross Carey abandonó su asiento. Deseaba hablar con la muchacha. Y ahora que el número había concluido era el momento adecuado.

Instantes después estaba ante Sally.

—Debo volver a la pista —le hizo saber ella—. Tengo dos números en el espectáculo.

Así que, si has de requerir mucho mi atención, aun lamentándolo...

—No te preocupes, no te haré perder demasiado tiempo. Pero considero que debes saber que el señor Oliver Mamppos...

—¿Oliver Mamppos? —repitió.

—Es el dueño de esa espléndida casa que se ve situada en lo alto de la pequeña colina.

Es el dueño y propietario de medio Crossey.

—Enterada. Sigue...

—Me entregó unas fotografías para que pudiera darme cuenta si tú te parecías a una joven que, hará unos veinte años, entró en su casa como señorita de compañía.

—Comprendo —murmuró Sally—. Se trata de esa joven que pudo ser mi madre, ¿no es eso?

—Exactamente —contestó Ross Carey.

—¿Y qué conclusión has sacado? —quiso saber.

—El parecido existe, es indudable. Basta mirarte para llegar a esta evidente conclusión.

—Ahora me hago cargo de...

—¿De qué? —preguntó.

—Estos últimos días, varias personas se me han quedado mirando como a un bicho raro.

Luego se me han acercado y me han hecho preguntas. Creía que se trataba de simple curiosidad, pero no, claro...

—¿Qué te han preguntado esas personas?

—Todos lo mismo. Qué edad tengo, dónde he nacido, quiénes son mis padres...

—¿Qué les has respondido tú?

—La verdad —Sally había alzado decididamente la mirada, aunque lo cierto es que pestañeó de un modo que hacía sospechar o recelar de algo.

—Dime, ¿cómo eran físicamente esas personas? ¿Te acuerdas? ¿Reparaste en ellas?

—Sí —y sin necesidad de pensárselo—. La primera que se acercó al circo y poco después al lugar en que yo me hallaba, fue una señora de unos cuarenta y nueve años, de cabello pelirrojo.

—Sabina —repuso Ross Carey, sin lugar a dudas.

—El siguiente fue un hombre alto, de unos cuarenta y tres años, también con el cabello de color de la panocha.

—Tom Connors —repuso de nuevo.

—También otra persona, una muchacha de rostro risueño, muy bonita, no debía tener más de veintitrés o veinticuatro años.

—Emma...

—Y de momento nadie más —puntualizó Sally—. Pero por lo que me has anticipado, no debe extrañarme si alguien más se me acerca, ¿verdad?

—Supongo que no.

—¿Qué pretenden en realidad? ¿Lo sabes tú?

—Pretenden averiguar —dijo Ross Carey— si eres o no la hija de esa muchacha, señorita de compañía, que... que... —y le soltó a quemarropa— que fue enterrada viva.

Sally se estremeció, poniéndose tan pálida que a nadie hubiera podido extrañarle que cayera desvanecida.

—¿Qué has dicho? —preguntó al recobrar el aliento, o al menos al recobrarlo en parte.

—Que fue enterrada viva —repitió—. ¿No sabías nada de eso? —y la miró fijamente, sin lugar a dudas, pretendiendo taladrarla hasta lo más hondo de sus pensamientos.

—¿Qué iba yo a saber...? —se aturulló Sally—. No, no sabía nada... En absoluto... En absoluto...

A Ross Carey le pareció que mentía. Pero no aludió a ello, quizá porque en aquel momento se presentó Jerry Fleisser, el hombre que la había adoptado.

—¡Yo sí lo sabía! —exclamó con expresión fiera, encolerizada—. ¡Hace ya muchos años que lo sé! Y me he cansado de preguntarme a mí mismo, quiénes pudieron ser los culpables de un delito tan horrendo... Tan

horrendo que merece...

—Papá —le interrumpió Sally—, tenemos que volver al trabajo. Nuestro número es el próximo.

—Sí, hija, es cierto —asintió, y miró con infinito cariño a la bonita muchacha que era Sally.

***

Ross Carey consultó su reloj y vio que faltaban escasos minutos para las ocho.

Se alejó del descampado en el que ahora bullía la alegría del circo, y se fue hacia el lago. Se fue rectamente hacia allí.

No sabía si le esperaba un amigo o un enemigo. Pero bien mirado esto era lo de menos. Lo importante era que allí podía encontrar una pista.

No era todavía de noche, pero desde que se había puesto el sol el día estaba declinando rápidamente. De un momento a otro todo serían ya sombras.

Antes de llegar hasta el lago, de aguas turbias, opacas, casi tenebrosas, echó un vistazo a los alrededores. Quería tomar ciertas precauciones, si es que esto, dadas las circunstancias, le era dado. En realidad no estaba muy seguro de ello.

De todas formas, llegaría hasta allí y esperaría a la persona que había escrito aquellas palabras en la máquina de escribir.

¿Un amigo? ¿Un enemigo...?

Volvía a hacerse la misma pregunta.

Sabía que tanto podía tratarse de alguien dispuesto a ayudarle, como alguien que, alevosamente, le estuviera preparando una encerrona.

De todas formas tenía que averiguarlo y la única forma de hacerlo era dando la cara.

Bueno, la verdad es que estaba acostumbrado a jugarse el pellejo.

Pero que se lo jugara no quiere decir que lo perdiera. Buena prueba de ello es que, después de habérselas visto moradas en incontables ocasiones, seguía tan lleno de vida como siempre.

Llegó hasta el lago, hasta su orilla más lindante al bosque. Llegó hasta allí y se quedó a la espera.

No, no veía que nadie se acercara. Miró de nuevo el reloj. Eran ya las ocho.

Se había levantado algo de aire y el agua del algo se rizaba. También se movían las altas hierbas y los cañaverales de su orilla.

Ross Carey dio unos pasos para desentumecer sus miembros de la humedad que empezaba a calársele. Fue entonces cuando su pie derecho se metió en medio de una cuerda.

Una cuerda que, convertida en nudo corredizo, se hallaba hábilmente disimulada bajo unas hojas.

Cuando se dio cuenta de ello y quiso retirar el pie y subsanar el error,

era ya tarde. El nudo corredizo se había estrangulado alrededor de su tobillo, y no sólo eso, había conseguido derribarle.

Impulsada la cuerda con fuerza, todo él fue llevado en dirección al agua e inmediatamente arrastrado bajo el agua, hacia el mismo fondo del lago.

Un fondo poco profundo, como cosa de dos metros y unos cuantos centímetros, pero lo suficiente, empero, para que quedara enteramente cubierto por el líquido elemento.

Ross Carey no era hombre propenso a dejarse vencer por las sorpresas. Solía reaccionar ante éstas con una manifiesta celeridad.

Aun así, en esta ocasión su enemigo actuó con una rapidez tan asombrosa, tan realmente vertiginosa, que le bastaron unos instantes, unos brevísimos instantes, para dejarle atrapado. Total y absolutamente atrapado.

Su enemigo, que iba enfundado en un traje de buzo, llevaba por lo demás un equipo completo de inmersión. Pues bien, una vez hubo conseguido que merced al impulso de la caída Ross Carey llegara hasta el fondo, se apresuró a amarrar el cabo de aquella cuerda a una planta acuática, de las que había muchas en el fondo del lago. Luego volvió a pasar la cuerda alrededor del tobillo de su víctima, la anudó de nuevo y de nuevo, asimismo, la ató fuerte a la planta.

Ross Carey había quedado, lo dicho, atrapado.

Quiso sujetar a su enemigo. Pero éste retrocedió a tiempo, y poco después, moviendo con rapidez las aletas que llevaba en los pies, se alejaba rápidamente de allí.

Como ya habían caído las sombras de la noche sobre las aguas del lago, la claridad era escasa en el fondo, casi nula. Así, Ross Carey, que no había podido reconocer a su enemigo, vio como éste desaparecía, huía, se esfumaba. Y muy pronto, pues, dejó de distinguirle.

Pero, claro, lo razonable no era pensar en su enemigo. Debía pensar en sí mismo, en cómo salir de allí. Y debía pensarlo a cien por hora.

Se agachó sobre la pierna derecha, férreamente aprisionada por el tobillo a la planta acuática, y comprobó que los nudos estaban tan prietos que para desatarlos tardaría como mínimo unos tres minutos. Mucho más, sin lugar a dudas, de lo que sus pulmones iban a aguantar sin respirar.

Cogió la planta por un par de sus más recias ramas y estiró de ella. Dio varias y fuertes sacudidas, pretendiendo desencajar sus raíces del fondo.

Nada. La planta siguió en su sitio. No era aquélla, pues, la solución. Tenía que buscar algo más rápido y efectivo.

Se fue hacia arriba y se percató de que no podía alcanzar la superficie por mucho que se estirara. Si bien esa superficie, debido a lo alto que era de estatura, le quedaba cerca, muy cerca. A menos de diez centímetros.

¿Qué hacer?

Los segundos iban transcurriendo y el aire se le estaba acabando. Los

pulmones empezaban ya a dolerle y los oídos a zumbarle. Iba a ser aquél un difícil obstáculo, estaba claro. Iba a ser aquella una traba casi insalvable.

Pero sólo «casi», porque su fuerte era encontrar recursos hasta de las situaciones más increíbles e inusitadas. Y no iba a ser ésa la excepción. Por descontado que no.

Estiró los brazos y los sacó del agua. Al acto los dirigió hacia el mismo borde de la orilla, la cual tanteó con sus manos.

Dio con unas hierbas. Después con el tallo flexible, hueco y nudoso de una caña. Sí, era esto lo que buscaba.

Llevó las dos manos hacia allí, y en un gesto seco partió la caña. Luego, palpando la misma, buscó el lugar donde se hallaba su más próximo nudo. Allí volvió a partirla.

Ya con la caña hueca en sus manos, la sumergió en el agua, llevándosela a la boca. Y pudo ya respirar, expulsando el aire por la nariz.

Tras concederse a sí mismo unos instantes para recuperarse del esfuerzo que le había significado contener la respiración durante tanto rato, aspiró fuerte, profundo, hasta lo más hondo. Hecho lo cual se sacó la caña de la boca y volvió a colocarla en la orilla, más o menos en el mismo lugar donde antes se hallara.

Entonces se agachó sobre la pierna amarrada a la planta acuática, y se dedicó a deshacer la primera ligadura.

Lo consiguió relativamente pronto, pero aun así sus pulmones volvían a requerir oxígeno.

Volvió a la superficie. Por lo menos a esos diez centímetros de la superficie. No, no llegaba a más por mucho que se estirara. Volvió a alzar los brazos y a tantear la orilla.

Cogió de nuevo la caña y se la llevó otra vez a la boca. Y de nuevo pudo respirar. Y lo hizo una y otra vez, expulsando el aire por la nariz. Hasta que estuvo en disposición de sumergirse de nuevo.

Ya junto a la planta, desató la siguiente ligadura. Ya sólo quedaba una. Quizá con aquel aire que llevaba en los pulmones le bastara.

No iba a bastarle. Volvía a dolerle el pecho y le zumbaban de nuevo los oídos. Decidió recurrir una vez más al truco de la caña.

A la vez siguiente, su tobillo quedó ya libre de toda atadura y él pudo subir a la superficie, emerger en ella, sacar enteramente la cabeza fuera del agua.

—¡Uf! —bufó ya arriba.

Lo más curioso del caso es que no había perdido los nervios. Ni poco ni mucho. Nada. Por lo visto tenía una absoluta seguridad en sí mismo.

Esa misma seguridad, fue sin duda la que le hizo murmurar, dirigiéndose, evidentemente, a su misterioso enemigo:

—Conmigo no se puede así como así. Y ahora prepárate, porque de mí no se escapa nadie...

***

Regresó a través del bosque. Una manera como otra de acortar camino.

Pero en determinado lugar se detuvo. Algo acababa de llamar poderosamente su atención.

Había varios árboles astillados. A un par de metros al nivel del suelo, en un ruedo aproximado de un par de palmos.. Los observó de cerca...

¿Qué explicación podía tener aquello? No necesitó reflexionar mucho.

En seguida encontró la respuesta.

CAPITULO VII

Cuando el mayordomo abrió la puerta de la casa y le vio de aquella guisa, empapados sus pantalones oscuros y su pullover color gris claro, mojado de pies a cabeza, abrió los ojos.

—¿Qué le ha pasado, señor?

—Una broma que me han gastado, Roddy —dijo—. Aunque nada de importancia porque yo tengo mucho sentido del humor. A propósito —terció—, le agradecería que no dijera a nadie que acabo de llegar. Me cambio y bajo en seguida. Se trata de que quiero darles una sorpresa.

—De acuerdo, señor —contestó Roddy—. No diré a nadie que ha llegado usted.

—Gracias.

Tardó apenas diez minutos en ducharse y en ponerse ropa seca, y en bajar la escalera y en presentarse allí, en la biblioteca, como si nada hubiera pasado.

Apareció de pronto, y se detuvo en el umbral de la puerta, queriendo captar desde aquel punto de mira la extrañeza que, indudablemente, había de reflejar un rostro de aquellos...

Estaban todos reunidos. Oliver Mamppos y Sabina, Osmond Mamppos y Natalie, Tom Connors, Brian y Emma. Sí, todos se hallaban allí. Dando la sensación de ser total y absolutamente inocentes.

Pero alguno había pretendido matarle y lo lógico era pensar que podía ser uno de los allí reunidos. De ello que, amparándose en el factor sorpresa, Ross Carey quisiera ver de sacar una expresión delatadora a alguien.

Pero aunque les miró a todos, ninguno acusó ni exteriorizó la menor sorpresa. Tan absoluta naturalidad hubo en unos y en otros, que el joven detective no pudo menos de admitir que quizá se había equivocado y que el culpable podía estar tal vez en otra parte.

Sin embargo, antes de cambiar de idea, se propuso hablar con ellos. Uno a uno con todos ellos. Al culpable quizá le delatara, si no la expresión, sí la voz.

—Buenas noches —saludó con naturalidad. —Y añadió—: Me he retrasado un poco para la cena. Les ruego que me disculpen.

—No tiene importancia —contestó Oliver Mamppos.

El dueño de la casa había respirado mejor al ver aparecer a Ross Carey. Sabina debió darse cuenta de ello, porque dijo:

—Me alegro que ya esté aquí. Mi esposo empezaba a ponerse nervioso.

—Tanto como eso... —pero no, a Oliver Mamppos no le importó reconocer—. Con franqueza, estaba temiéndome que le hubiera sucedido algo malo.

—A mí nunca me sucede nada malo —sonrió el detective con tono

despreocupado—.

Yo tengo muy buena suerte.

—Nos alegramos que así sea —intervino Natalie—. Con usted sano y salvo hay más posibilidades de que también a nosotros nos vayan bien las cosas.

—Pero cuídese, tenga prudencia —observó Osmond Mamppos— y no se fíe de su buena suerte. Esta, a veces, nos traiciona.

—¿Usted cree? —preguntó Ross Carey, y le miró con intensidad.

—Sí, lo creo —afirmó.

—¿Ha averiguado algo...? —preguntó Tom Connors a continuación.

—He intentado hacerlo, sólo eso —dijo el detective—. Lo cierto es que éste es un caso complicado, que por lo que veo va a ocasionarnos más de un dolor de cabeza.

—Pero habrá llegado ya a alguna conclusión, por pequeña que ésta sea, ¿no? —inquirió Oliver Mamppos, un poco impaciente.

—Lamento desilusionarle —contestó Ross Carey—, pero estoy como al principio. No he adelantado nada.

—Esperaba algo más de un detective competente como usted —repuso Natalie.

—Lo mismo digo —añadió Sabina.

Hasta aquel momento, Brian y Emma no habían dicho nada. Pero Brian, de pronto, habló:

—En lugar de pedirle que nos lo aclare todo en un momento, sería mejor que nosotros le ayudáramos de un modo razonable, ¿no os parece?

—Estoy totalmente de acuerdo con Brian —repuso Emma—. Eso de que cada uno vayamos por nuestro lado, sin unirnos, sin colaborar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sabina.

Brian quiso contestar por su hermana, pero vaciló y se quedó con la palabra en la boca.

No así Emma, que hizo constar sin pérdida de tiempo:

—De los que estamos aquí, más de uno hemos estado en el descampado, en ese circo, hablando con esa tal Sally. Pues si lo hemos hecho, ¿a qué ocultarlo? Nos comportamos como si fuéramos culpables...

—No me gusta esa muchacha, me refiero a Sally —el pelirrojo Tom Connors reconoció así, sin más que la conocía—. Pero aún me gusta menos el hombre que le hace de padre...

—Parece una fiera —corroboró Sabina, por lo visto sin importarle reconocer que también ella le conocía. Y agregó—: Una fiera escapada de una jaula.

—Se gana la vida lanzando cuchillos... —informó Ross Carey—. En eso consiste su número... Los lanza sobre una tabla, contra la que se pega Sally llevando un encantador

«maillot»... Al público le gusta, aplaude mucho...

—No sabía eso —palideció Osmond Mamppos—. Me refiero a lo de los cuchillos... No se tratará de una broma suya, para ver cómo le respondemos... Como hace poco, cuando ha asegurado que está en sus investigaciones como al principio, que no ha adelantado nada... Eso no es cierto... Se lo leo en la mirada...

—Entonces, si ese hombre lanza cuchillos, y si es precisamente con cuchillos como acabaron con la vida del doctor Bims, y de Katty, ¿qué debemos deducir? —y la voz de Sabina salió insegura, bastante insegura.

—Deducir no es suficiente —resumió Ross Carey—. Hay que encontrar pruebas, evidencias. Lo demás no conduce a nada.

***

Osmond Mamppos se quedó nervioso, inquieto. Todo aquel asunto le gustaba cada vez menos.

Cuando salió de la biblioteca, Natalie le siguió.

—Quiero hablar contigo —le dijo.

—¿De qué? —preguntó él de mal talante. Y antes de recibir respuesta —. Ya me hablarás después de la cena.

—No, ha de ser ahora —repuso ella.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Ven...

Le hizo entrar en la salita. Sabía que allí podrían dialogar sin ser oídos. Con la máxima discreción.

—¿Qué pasa? —volvió él a repetir.

—Te veo muy nervioso, muy excitado. Dime, Osmond, ¿existe algún motivo especial por el que puedas temer algo...?

—¿A qué viene eso? —la increpó con cierta indudable brusquedad.

—No te enfades, por favor, y piensa que soy tu esposa y que mi deber es estar a tu lado tanto en lo bueno como en lo malo. Desde que nos casamos...

—¡Hace ya tanto tiempo de eso! —exclamó un tanto despectivo.

—No tanto para mí —dijo ella—. Yo te quería mucho, y te sigo queriendo para mí nada ha cambiado.

—Quisiera creerlo. En realidad —reflexionó—, sé que no he sido un modelo de marido y que debo haberte decepcionado en un sinfín de ocasiones.

—Es cierto —admitió—. Pero como siempre te he querido, todo lo he pasado por alto sin dramatizar. Por ejemplo —aclaró—, siempre supe que te casabas por mi dinero.

—Que no resultó ser tanto como yo creía —ironizó él—. Pero sí, me casé porque eras rica. No serviría de nada que te lo negara, así que no me tomo la molestia de hacerlo.

—Ha sido una lástima que no tuviéramos un hijo. De haberlo tenido, seguro que me hubieras querido más.

—Si yo he anhelado algo —puntualizó— no ha sido precisamente un hijo, sino llevarme buena vida, pasarlo bien, no estarme de nada.

—Así has vivido, ¿no? Quizá no gracias exactamente a mi dinero, pero sí al dinero de Oliver. Tu hermano ha sido siempre muy generoso contigo.

—¿Tú crees?

—Sí, claro. ¿O acaso aún te parece poco lo que le debes? Por favor, no seas desagradecido —y mirándole de frente —insistió—. Dime, Osmond, ¿existe algún motivo especial por el que puedas temer algo...?

—No vuelvas a lo mismo. Estás imaginando cosas raras.

—El pasado surge ante nosotros, Osmond. El pasado se nos acerca, se nos echa encima, se nos abalanza... Ignorarlo sería una gran temeridad. Yo creo que lo sensato sería tomar las medidas necesarias para evitar...

— ¡De todo aquello que sucedió —exclamó Osmond Mamppos, de súbito— yo no tuve la culpa! ¡Te juro que no tuve la culpa!

—No eleves la voz, van a oírnos... En fin —se resignó— ya veo que no quieres sincerarte conmigo. Vayamos a cenar.

—Sí, será lo mejor.

Luego de la cena, fue cuando Ross Carey les hizo saber que al día siguiente se ausentaría por unas horas.

—Resulta imprescindible que vaya a Londres —aclaró.

—Pero yo le pago —observó Oliver Mamppos, acusando un repentino temblor— para que...

—Sé de sobra para qué me paga —le interrumpió el detective— y puedo asegurarle que en mi ausencia no le pasará nada. No les pasará nada... —pluralizó, mirándoles a todos—, si me hacen caso y no abandonan esta casa. Deben permanecer juntos, eludiendo así toda posibilidad de riesgo. Bien mirado estaré fuera unas pocas horas, no creo que sea pedirles demasiado. De no hacerme caso —advirtió seguidamente— declino toda responsabilidad.

CAPITULO VIII

Ross Carey fue directamente hacia su coche. Abrió la portezuela y se colocó ante el volante. Instantes después, a marcha moderada pues la niebla era de nuevo bastante intensa, se alejaba de la planicie semicircular y descendía por el camino que conectaba con la carretera tras unas cuantas vueltas y revueltas.

Ya en la carretera le dio al acelerador. Comprendía que debía regresar cuanto antes.

Al llegar a Londres, se fue hacia el centro, hacia un local denominado «La Estrella». Un lugar donde por lo regular habían actuaciones bastantes mediocres. Aunque alguna vez surgía, de entre éstas, algo que verdaderamente valía la pena.

Ross Carey entró en el local, con las sillas patas arriba colocadas sobre las redondas mesas, con la barra desierta, con algunos componentes de la orquesta afinando sus instrumentos, y con las mujeres de hacer faenas limpiando los suelos.

—Quisiera hablar con el propietario de esto. Un señor bajo y grueso fue a su encuentro.

—Soy yo —dijo—. Supongo que no será de la policía...

—Tranquilo, de eso nada —contestó Ross Carey—, Sólo venía a interesarme, de forma puramente personal, por una muchacha que no hace mucho trabajaba aquí.

—Nunca contrato a menores... —se apresuró a hacer constar, y por lo visto seguía receloso.

No debía tener muy tranquila la conciencia. Eso saltaba a la vista.

—No me estoy refiriendo a ninguna menor. Sólo a una muchacha de unos veinte años, de esbelta silueta, con el cabello rubio cortado muy corto. Tiene los ojos oscuros, muy oscuros, y la mirada brillante.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Eso espero que me lo diga usted.

—No sé exactamente a quién se refiere... —pero daba la impresión de saberlo de sobra.

—La vi actuar aquí hará cosa de un par de meses. Bailaba muy bien. Salía medio vestido, o medio desvestida, según como se mire. En aquel número actuaba con otras dos muchachas, éstas morenas, de generosa anatomía.

—¡Ah, sí, ya sé! —exclamó.

—Por favor, dígame su nombre y dónde podría encontrarla. Es importante.

—Se llama Elisabeth. Pero no puedo informarle respecto a su paradero, lo ignoro. Desde luego no creo que haya prosperado mucho. Tenía demasiados reparos.

—¿Reparos? —quiso que le ampliara la información.

—Le propuse darle doble sueldo. Era una buena oportunidad, esto no puede negarlo nadie. Pero ella se negó a hacer lo que yo le pedía.

—¿Qué le pedía? —preguntó Ross Carey.

—¡Oh, no crea que nada indebido! Yo nunca me he acostado con mis chicas, eso acarrea siempre complicaciones. Le propuse, simplemente, que saliera a actuar desnuda...

—¿Y no quiso?

—No. Se negó en redondo. Me soltó que ella era honrada... Entonces la amenacé con despedirla. Compréndalo usted, yo debo ante todo velar por mi negocio.

—Me hago cargo. Bueno, ¿qué pasó con la amenaza?

—Que ella siguió negándose y que yo me vi obligado a buscar una sustituía.

—Y ahora no sabe dónde está. Me ha dicho eso...

—No, no lo sé. Aunque quizá se fuera con aquel hombre. Es lo único que puedo decirle, por si le sirve de algo.

—¿Con aquel hombre...? ¿Con qué hombre?

—Con el que le vi hablando aquella noche. El la invitó a su mesa. Dialogaron durante bastante rato, aunque sin apenas hacer gasto...

—¿Cómo era ese hombre? —se interesó Ross Carey.

—Espere que recuerde...

—De unos cuarenta y tres años, alto y moreno, ¿no es eso?

—Pues sí —reconoció el bajo y gordo propietario de aquel local—. Exactamente. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—Listo que es uno —contestó sonriendo Ross Carey—. Bueno, gracias por su ayuda.

Hasta otra, amigo.

Ya no necesitaba averiguar más. Sabía ya lo suficiente. Más que sobrado. Por eso volvió a su coche, poniéndose de nuevo ante el volante.

Pero no emprendió el regreso a Crossey. Antes estuvo en varios lugares. Donde consiguió informarse a qué elegante y aristocrático colegio fueron Oliver y Osmond Mamppos. A qué colegio, asimismo elegante y aristocrático, fue Sabina y su hermano Tom. A qué colegio fue Natalie.

Seguidamente, Ross Carey visitó esos colegios, conversando con sus actuales y respectivos directores.

Conseguida la información deseada, agradeció la amabilidad con que había sido recibido y tratado, pidió disculpas por las molestias ocasionadas y se despidió.

Luego, sí, se dirigió ya hacia Crossey. Aunque no llegó hasta la misma localidad. Tampoco llegó hasta la magnífica casa situada en lo alto de la pequeña colina. Se fue hacia el descampado, ahora ocupado por el circo.

Al llegar allí, detuvo el coche y se apeó, cerrando la portezuela de un

fuerte golpe. Se encaminó hacia Sally, a la que ya había visto junto a uno de los carromatos.

La muchacha también le vio y corrió hacia él.

—¡Hola, Ross! —su saludo fue de lo más efusivo. No así la respuesta, que fue de lo más seco:

—Déjate ya de cuentos.

—¿Qué...? —tragó saliva.

—Lo que has oído, que te dejes de cuentos —y sin antojes—. Cuando te encontré en el parador, me pareció reconocerte, pero no, no terminé de atar cabos... La verdad es que acababa de coger una turca fenomenal y que la cabeza no me respondía. Pero la cabeza se me aclaró pronto...

—¿Sí?

—Te había visto en un local llamado «La Estrella». Te había visto bailando, por cierto, muy bien.

— Vaya, vaya... —la muchacha suspiró.

—Según me han dicho, te llamas Elisabeth.

—Pues sí, me llamo Elisabeth... —admitió, tras un nuevo suspiro.

—Bueno, dime de una vez lo que te llevas entre manos, ¿quieres? Si no te llamas Sally, si ese hombre, el lanza cuchillos, no es tu padre...

—Es difícil de explicar, aún más quizá de comprender —dijo la muchacha. Y con gesto apenado, compungido—. Desde el primer momento he sentido una gran simpatía por ti, Ross. Sentiría de veras, créeme, haberte decepcionado con esas mentiras...

—Depende —contestó Ross Carey, escueto.

—¿De qué? —preguntó ella.

—De como las justifiques.

—Verás, Ross —y la muchacha decidió sincerarse del todo, ya no tenía por qué seguir adelante con aquellos tejemanejes—. Yo trabajaba en aquel local, en «La Estrella», sí, en efecto. Cobraba un sueldo discreto, pero me bastaba, mejor o peor me iba defendiendo. Podía haber buscado clientes para acostarme con ellos, mis compañeras lo hacían, pero yo sólo deseaba ganar tiempo y encontrar otro empleo más digno. Pues bien, cuando menos me lo esperaba el dueño del local me dijo que bailaba muy bien y que me doblaría el sueldo, pero que para eso tenía que cumplir un requisito...

—Lucir íntegramente tus encantos. Desnudarte.

—Sí, Ross. Me exigió eso. Yo me negué y...

—Te despidió.

—Sí, me despidió sin contemplaciones. Pero aquella misma noche conocí a un hombre y fue ese hombre quien me propuso que me hiciera pasar por la hija adoptiva de Jerry Fleisser, el hombre lanza cuchillos... Tendría, asimismo, que trabajar en su número... Aunque sólo se trataría de pegarme a una tabla de madera y de esperar sonriente que los cuchillos delinearan mi silueta... La sola idea me puso los pelos de punta, puedes imaginártelo... Pero ese hombre me dijo lo que me pagaría y terminé

decidiéndome...

—¿No te dijo ese hombre por qué habías de llamarte Sally?

—No quiso darme explicaciones. Me llamaría Sally, diría a todos que Jerry Fleisser era mi padre adoptivo, que hace veinte años un perro me llevó al circo metida en un hato... Diría todo eso, a quienes me preguntaran, durante los diez días que el circo permanecería cerca de Crossey. Transcurridos esos días dejaría el trabajo y cobraría lo establecido.

—¿Sabes quién es ese hombre? —preguntó Ross Carey.

—Quedamos en que se reuniría con nosotros la noche antes de que el circo abandonara el descampado. Entonces cobraría también su parte Jerry Fleisser. Esto es todo lo que sé de él.

—Entonces, ¿ignoras dónde puede estar en estos momentos? ¿Ignoras quién es en realidad?

—Sí, sí...

—Pero le reconocerías si le vieras de nuevo, ¿no es eso? —preguntó.

—Sí, claro.

Ross Carey se quedó mirando fijamente a la muchacha, y le gustó ver el gesto angustiado de su expresión.

—Te he dicho toda la verdad —susurró ella—. Te lo prometo —e intentado sonreír—.

¿Vas a perdonarme...?

Por toda respuesta, el joven detective la cogió por el talle, atrayéndola hacia sí. El beso que le dio en la boca fue interminable.

Tanto es así, que Jerry Fleisser que apareció en aquel momento, tuvo que quedarse esperando, y esperando, a que la caricia concluyera.

Finalmente exclamó:

—¡Suelte ya a mi hija! ¡Ya está bien!

Ross Carey se volvió entonces hacia él. Se volvió tranquilamente.

—¿Ah, es usted...? —y agregó—: Le felicito, sí, señor. El otro día vi su número. Arroja usted muy bien los cuchillos.

***

La niebla se había intensificado conforme el día iba avanzando. Y ahora, a eso de las dos de la tarde, parecía que pudiera cortarse.

Pocas veces, allí en Crossey, se había visto una niebla tan espesa, tan compacta, tan fantasmal.

Pero Emma no dio importancia al hecho y se dispuso a salir. Se había propuesto hablar de nuevo con Sally, y ver de averiguar algo. Ya que los demás no querían colaborar, lo haría ella.

¿Por qué no? Nunca había sido una chica asustadiza.

No obstante, a Brian no le pareció nada bien que su hermana fuera a salir.

—Recuerda —le dijo— que han habido ya dos muertes y que el detective no está ahora aquí. Recuerda —repitió— que nos ha pedido que

no dejáramos la casa. De hacerlo, ya le oíste, declina toda responsabilidad.

—En seguida estaré de vuelta —cuando una idea se le metía entre ceja y ceja, no solía abandonarla, era cuestión de carácter—. Además, ¿quién va a querer hacerme daño a mí? Cuando sucedió todo aquello, hace ya veinte años, yo sólo era una niña de cuatro.

—En esto tienes razón. Aún así... —y no, Brian no terminaba de tenerlas todas consigo. Emma creía que ella, en realidad, estaba al margen de toda aquella vieja historia.

Salió de la casa poco después. Lo hizo a paso rápido, porque había visto asustado a su hermano y quería tranquilizarle cuanto antes.

Descendió la colina por el atajo más corto, y hecho esto se dirigió hacia el descampado. Por allí había algunos árboles, pero no muchos. El bosque se hallaba algo más al Norte.

De igual modo que el lago estaba situado algo más al Sur.

En eso, Emma se inmovilizó. Acababa de oír que alguien le dirigía la palabra.

—Te estaba esperando, Emma.

—¿Aquí...? —se sorprendió la muchacha, tras girarse y ver, a través de la niebla, de quien se trataba.

Y en aquel mismo momento, analizando aquella mirada cruel e implacable, aterradoramente elocuente, cayó en la cuenta de que había sido una loca no haciendo caso a su hermano. No haciendo caso a Ross Carey.

No, ella no estaba al margen de aquella vieja historia. Ahora lo veía claro. Era un personaje más. Simple y llanamente eso. A quien acechaban tantos peligros como a cualquier otro. Bien mirado, quizá, aún más.

—Ahora comprendes muchas cosas, ¿no? —inquirió la persona que acababa de mostrar un cuchillo entre sus manos.

—No, no comprendo nada —dijo Emma, que empezó a sentir como un sudor pegajoso le resbalaba por entre los senos y por entre los muslos.

—Debes morir.

Estas dos palabras avanzaron lentamente por el aire, entre la niebla, del modo más siniestro y espeluznante. Como pudiera hacerlo una serpiente venenosa pronta a descargar su mordedura mortal.

—¿Morir...? —inquinó Emma, y todo su cuerpo sudaba ya a borbotones, a auténticos chorros.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó, y alzó el cuchillo.

Brillante y afiladísimo cuchillo, que en medio de la niebla adquirió un aspecto aún más demencial y alucinante.

El cuchillo quedó alzado en el aire. De pronto se inmovilizó. La mano que lo sujetaba esperaba algo.

Emma no comprendió de qué podía tratarse. Sin duda porque el momento era demasiado angustioso para llegar a deducciones lógicas.

En consecuencia, sólo pensó en huir... Se giró. Echó a correr.

Era éste el momento que esperaba aquel cuchillo. Se había encariñado

con cazar a sus víctimas por la espalda. O mejor dicho, por la nuca...

El cuchillo, impulsado con inusitada fuerza, salió disparado, cortando el aire como una exhalación. Y sí, se incrustó implacablemente en la nuca de la muchacha.

Emma sintió un dolor horrible, espantoso, lacerante, y cayó de rodillas. Como si pidiera un milagro. Un milagro que ya no podía llegar.

El cuchillo le había partido la séptima vértebra cervical, le había atravesado el músculo cúbical anterior y la laringe...

Fluyeron dos súbitos chorros de sangre. Uno por el orificio de entrada. Otro por el de salida.

Sangre que se mezcló con su sudor.

Instantes después la muchacha cayó de bruces. Había dejado de respirar. Ya no era nada.

Porque nada es aquel que ya está muerto.

CAPITULO IX

Habían transcurrido veinticuatro horas.

Acababa de efectuarse el entierro de Emma. Todo un fúnebre cortejo, donde Brian no dejaba de llorar y donde Oliver Mamppos miraba a unos y a otros como si los odiara. A su esposa la primera.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Sabina, reprochándole evidentemente que se comportara de aquella forma—. No estarás sospechando de mí... Sería una sospecha monstruosa... Emma era mi hija... —y sin poder contenerse se echó a llorar.

Oliver Mamppos, entonces, pareció compadecerse algo. Pero sólo algo, no mucho. Era demasiado intenso su sufrimiento para poder permitirse el lujo de sentir lástima por alguien que no fuera él mismo.

Tom Connors se les acercó en aquel momento. Dijo con el entrecejo pronunciado:

—Bastante está sufriendo mi hermana. No la atormentes más.

—No hago tal cosa —respondió Oliver Mamppos—. Me limito a no querer hablar con nadie, ni siquiera con ella. ¿Acaso no estoy en mi perfecto derecho?

—Creo que no —negó Tom Connors, a quien la luz del sol hacía aún más pelirrojo—.

Sabina está padeciendo intensamente, ¿es que no te das cuenta?

—Me doy cuenta, cuando menos, de que ahora está llorando.

—¿Y te satisface verla llorar? —preguntó—. Casi me atrevería a decir que sí. Parece brillar en tus ojos un maquiavélico regocijo.

—Figuraciones tuyas. Te agradeceré, Tom, que no te metas en mis asuntos.

—No os peleéis, por favor —intervino Sabina secándose las lágrimas.

En aquel momento se sumó al grupo Osmond Mamppos y Natalie. Ambos, a simple vista, profundamente afectados.

—Debemos tener serenidad, por el bien de todos —dijo él—. Os ruego que dejéis los nervios a un lado.

—No puedo, resignarme a lo que ha sucedido... —masculló entre dientes Oliver Mamppos, y de nuevo les miró de aquel modo, como si les odiase a todos.

—Te comprendo perfectamente —repuso Natalie—. Aun así, vale más que conservemos la calma. Si hemos de tomar alguna determinación... Porque creo que ha llegado el momento de tomarla...

—Te refieres a hablar con la policía. Sabina acababa de dejar oír su voz temblorosa, atravesada de sollozos.

—Sí, a eso se refiere Natalie, naturalmente —puntualizó Osmond Mamppos—. Porque aunque a ninguno de nosotros pueda gustarle la idea de remover el pasado, lo escalofriante y aterrador del presente nos exige,

ahora ya de una forma acuciante...

—Hablaremos al llegar a casa —cortó Oliver Mamppos—. Aquí no es lugar adecuado de hacerlo. Mientras tanto, me lo pensaré todo un poco mejor... —y se giró, primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, queriendo localizar a Ross Carey.

Le vio a pocos metros. Y le clavó la mirada de una forma tan poco benévola, tan poco indulgente, que cuantos le rodeaban se percataron claramente de que, si a alguien acusaba ferozmente de lo sucedido, era al detective. A él más que a ninguno. Por descontado que sí.

—El dolor le hace ser injusto —dijo Sabina a su hermano poco después, y aludía a esa mirada que a nadie había podido pasar desapercibida—. El señor Carey dijo que no saliéramos de la casa, que de hacerlo declinaba toda responsabilidad... Lo oímos todos...

Guardaron silencio hasta llegar a la casa. Todos ellos. Sin duda conscientes de que valía la pena dejar, lo que tuvieran que decir o exponer, para cuando fuera el momento idóneo de hacerlo.

Pero ese momento, empero, se retrasó más de lo que creían. O tal vez más de lo que deseaban.

Oliver Mamppos se fue directamente a la biblioteca y allí se dejó caer en su sillón favorito. Y tan hundido y quebrantado se le vio, tan al borde de un total quebrantamiento, que ninguno osó romper aquel silencio.

Por lo que sus familiares, incluso Sabina, se quedaron cerca, a su lado, limitándose a esperar que levantara la mirada y dijera algo. No viéndose capaces de decirlo ellos.

Ross Carey por su parte, callaba. Se había dado cuenta de que Oliver Mamppos no estaba satisfecho de sus servicios como detective. O peor aún, que le reprochaba, le echaba en cara aquella última muerte, la muerte de su hija, una muchacha alegre y risueña que había cometido, su padre no parecía darse cuenta, la insensatez y la temeridad de desobedecerle.

Pero aquel silencio electrizante se hizo demasiado largo. Por lo que llegó un instante en que todos se sintieron con los nervios de punta. La primera, por lo visto, Natalie. Ya que fue ella la que no resistió más, y explotó:

—¡Supongo que tomaremos la decisión de hablar, de decirlo todo a la policía...! De no hacerlo así, quizá uno a uno vayamos siendo eliminados...

—Si ese hombre se gana la vida lanzando cuchillos... —repuso Osmond Mamppos, si bien sin decir a quién aludía, eso caía ya por su peso —, y si ese hombre es el padre adoptivo de Sally, ¿qué más razonamiento buscamos...? ¿Acaso no está ya todo claro...?

—No —la voz de Ross Carey sonó segura, firme—. No está claro. Ni muchísimo menos. Que sea su padre adoptivo y que su trabajo en el circo consista en...

—¡Cállese! ¡Cállese! —exclamó Oliver Mamppos, y dando la sensación de reaccionar, se levantó de un brinco de aquel sillón.

Seguido por la mirada de todos, se dirigió hacia el teléfono. El cual descolgó, marcando seguidamente unos números.

Ross Carey había torcido el gesto. No estaba acostumbrado a que nadie le tratara como Oliver Mamppos acababa de hacerlo. Por naturaleza, por temperamento, era incapaz de soportarlo. Ni tratándose, como se trataba, de un hombre vencido por el dolor que no debía saber exactamente lo que se hacía, y menos aún, posiblemente, lo que se decía.

—¿Detective Pattersson...? —le oyeron decir.

—...

—Sí, requiero sus servicios con la máxima urgencia. Le pagaré lo que me pida. Venga inmediatamente a... —le dio su nombre y su dirección.

—...

—¿Cómo dice, que no puede venir? ¿Hasta mañana no...? —se excitó Oliver Mamppos—

. Le he dicho que le pagaré lo que me pida. ¿Acaso no me ha oído usted? —...

—Bueno, bueno... —accedió finalmente—. Le espero mañana, al mediodía. Pero no se retrase. Me urge aquí su presencia.

Dicho esto, dejó el auricular sobre la orquilla. Sólo entonces alzó los ojos y les miró. Primero a Sabina, luego a su hermano Osmond y a Natalie. Acto seguido a su cuñado, Tom Connors. Finalmente a su hijo Brian.

A Ross Carey, nada. Como si no estuviera allí.

Pero iba a ser éste quien hablaría, quien le pediría una explicación, quien no le dejaría pasar aquello.

—¿Qué significa eso, señor Mamppos? ¿Ha solicitado usted los servicios de otro detective?

—Supongo que lo ha oído. Sobran los comentarios —no obstante agregó—: Aunque no quiero decir con esto que esté usted de más... Pero convenga conmigo en que no le vendrá mal un poco de ayuda. Así pues...

—Mire usted, señor Mamppos —le atajó Ross Carey del modo más rotundo— yo trabajo a mi modo y no acepto que nadie se inmiscuya en mis métodos, que por descontado considero los mejores, los más efectivos. Si en este caso concreto —puntualizó— hay que lamentar la pérdida de su hija, que sinceramente deploro, no ha sido por mi culpa. Yo di unas órdenes que no fueron obedecidas. Siendo así, ¿qué me reprocha?

—Tiene usted toda la razón —repuso Sabina— y se lo digo yo que era su madre... Hazte cargo, Oliver —se volvió hacia su marido— no estás bien, no eres justo...

—No, no lo eres, papá —dijo a su vez Brian, interviniendo por primera vez.

Oliver Mamppos no se hacía cargo. No podía hacerse cargo. Aquella pérdida le pesaba demasiado. Le pesaba y le laceraba como plomo derretido.

—¿Por qué hemos de llamar a un nuevo detective...? —preguntó Tom

Connors—.

¿Quiere eso significar que vamos a seguir silenciando el pasado a la policía...? Opino como Osmond, y como Natalie, ha llegado el momento de no callar nada... De lo contrario quizá nos espere la muerte a todos... Uno tras otro, como si sólo fuéramos una cadena de condenados a la última pena...

—Ese hombre, el lanza cuchillos —dijo Natalie—, debe adorar a Sally. Tanto y de tal modo, que habiéndose enterado de lo que hicimos con su madre... Porque alguien de nosotros lo hizo, no podemos engañarnos...

—Alguien le habrá puesto al corriente —subrayó Osmond Mamppos — y ahora está vengándose... Vengándose implacablemente... Y hemos de impedir que llegue al final... Yo al menos quiero impedirlo, pues no tuve nada que ver con todo aquello...

—Explicarlo todo a la policía —manifestó Oliver Mamppos tras una pausa— equivale a revolcarnos en el pasado, a caer en la vergüenza... Quiero impedirlo, si es que ello es posible. Os pido un poco más de tiempo.

—Yo por mi parte —repuso Ross Carey— no tengo inconveniente en concedérselo. Pero para que lo sepa, voy a irme ahora mismo. Yo trabajo solo, es mi norma. Y puesto que ha llamado a otro detective, el asunto ya no es de mi incumbencia.

Con largos pasos se dirigió hacia la puerta. Sin más. Lo había dicho ya todo.

—¡Deténgase! —exclamó el dueño de la casa.

—¿Qué desea? —preguntó girándose, pétrea la expresión.

—Se irá cuando yo se lo diga, no antes.

—Se equivoca, voy a irme ahora mismo, le guste o no. Ciertos tratos no los aguanto.

—¡Le he dicho...! —quiso imponerse.

—¡Que me voy! —y Ross Carey no había de pensárselo más.

Salió de la estancia, y al poco, así que recogió sus cosas, de la casa.

El coche estaba fuera. Fue directamente hacia allí. Abrió la portezuela y se metió dentro.

Un par de minutos después, desde una de las ventanas de aquella estancia, la biblioteca, Oliver Mamppos y los demás vieron como su coche, habiendo descendido ya la colina, se alejaba por la carretera. Se alejaba rápidamente.

—Esto no ha debido suceder —dijo Sabina, estremeciéndose—. Ahora estamos solos...

Solos... —y agregó, estremeciéndose aún más—: Solos, a merced del asesino...

***

Se hallaban aún en la biblioteca, sin haber terminado de asimilar la inesperada marcha de Ross Carey, cuando alguien apareció de pronto.

No habían oído sonar el timbre de la casa, así que su presencia les resultó doblemente asombrosa. Asombrosa y sobrecogedora, puesto que se trataba de Jerry Fleisser, el hombre lanza cuchillos.

Acababa de cruzar el abierto umbral de la puerta, plantándose ante ellos con furiosa, maligna e irascible expresión. Ahora parecía, en todo caso, un amenazador orangután. De la peor especie.

—¡Soy yo, sí! —exclamó, y no le importó ya de buenas a primeras admitir y aceptar su culpabilidad—. ¡Soy yo, sí, quien está vengando lo que hicieron con la pobre Charlotte...!

Temblaron como flanes al oír este nombre en boca de quien, mientras les miraba con irrefrenable odio, acariciaba con su mano derecha los cuchillos que llevaba sujetos en su mano izquierda.

Temblaron como flanes, o como puros azogues, viene a ser lo mismo. No había para menos. Tener allí a aquel hombre venía a representar algo muy semejante, muy parecido, a ver ante ellos a la propia muerte sujetando su guadaña.

—Envenenaron a Charlotte... —y pronunció estas palabras mascullando, pero no por eso sonó menos clara o menos amenazadora su voz—. Después la enterraron viva... ¡Quiero saber quién fue el culpable! ¡Necesito saberlo! —y advirtió—: Si no lo averiguo, tendré que acabar con todos...

Y para demostrarles de una manera harto elocuente el peligro de muerte que se cernía sobre ellos dada la pericia de su diestra, alzó un cuchillo en el aire y lo arrojó con fuerza. El cuchillo, tras rasgar el aire en un siniestro silbido, se clavó implacablemente en uno de los estantes de la biblioteca.

Oliver Mamppos retrocedió varios pasos, hasta dar con la espalda en una de las paredes. Se sentía acorralado. O por lo menos su rostro inducía a suponerlo así.

Sabina se tambaleó. Lo mismo que si fuera a desmayarse.

Osmond Mamppos también retrocedió. No tantos pasos como su hermano. Apenas dos.

Tom Connors se acercó a Sabina. Tal vez considerando que debía proteger a su hermana.

Natalie quedó quieta, inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Brian fue el único que dio un paso adelante. Algo, por otra parte, que no encajaba en su temperamento medroso, indeciso. De ello, quizá, que lo retrocediera de forma casi inmediata.

—¡El culpable debe confesar, por el bien de los demás! —exclamó Jerry Fleisser—. De lo contrario, lo dicho, ninguno quedará con vida... Fíjense —añadió—, llevo varios cuchillos... Tengo sobradamente para todos... Y tengo además, no lo ignoran, una puntería infalible. Lo he demostrado sobradamente con el doctor Ellis, y con su sirvienta Katty, y también con Emma...

—¿Por qué mató a Emma? —preguntó Oliver Mamppos, y seguía con la espalda pegada a la pared—. Ella era una niña cuando Charlotte murió... Ella no podía ser culpable de nada... Como tampoco soy culpable yo, se lo juro... Yo amaba a Charlotte...

—¿Por qué mató a Emma? —preguntó a su vez Sabina, y ella volvió a tambalearse—.

Mi hija era buena, no había hecho mal a nadie...

—¡Morirán todos si el culpable no confiesa! —exclamó Jerry Fleisser, y para dar más fuerza a su ya de por sí pavorosa amenaza, volvió a alzar en el aire otro de aquellos cuchillos, haciendo que cruzara el aire como un gemido y se clavara en el mismo estante de la biblioteca, junto al otro, tan junto que pareció quitarle el sitio.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo Oliver Mamppos—. ¿Por qué ha matado a Emma...?

—¿Eso, por qué? —insistió Sabina—. Emma era inocente. Y yo también lo soy. Odiaba a Charlotte, sí, lo confieso, pero yo no la envenené... Yo no le hice daño alguno... Yo también puedo jurarlo...

—Cuando murió Charlotte yo sólo tenía ocho años —replicó Brian, indudablemente muy asustado—. Nadie puede sospechar de mí... Yo estoy al margen de todo recelo...

—¿Quién es el culpable? ¡Quiero saberlo! ¡La paciencia se me está acabando! —y un nuevo cuchillo, furioso y arrebatado, fue a clavarse en el estante de la biblioteca, exactamente donde los otros dos.

—En cuanto a mí —dijo Osmond Mamppos—, yo siempre sentí simpatía por Charlotte. Era una muchacha encantadora... No, nunca se me hubiera ocurrido causarle el menor mal...

—Sí, Charlotte era encantadora —repitió Tom Connors—. Y no sólo eso, se hacía apreciar. Por eso yo, presintiendo que algo malo podía sucederle, le aconsejé que se fuera de la casa... No, yo no la envenené... Por nada del mundo lo hubiera hecho...

Jerry Fleisser miró a Natalie. Era la única que no había despegado los labios. Seguía quieta, inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—¿Quién es el culpable...? —inquirió Jerry Fleisser una vez más—. ¿Quién...? Oliver Mamppos aseguró de nuevo que él era inocente.

Sabina aseguró otro tanto.

También dijo lo mismo Osmond Mamppos.

Y parecidas, muy parecidas palabras fueron las que pronunció Brian.

La única que había vuelto a no hablar, había sido Natalie. Quien presa de un estupor inconmensurable, sin límites, evidentemente no acertaba a reaccionar. Seguía quieta, inmóvil, con los ojos muy abiertos.

CAPITULO X

Oyeron unos pasos de hombre, largos, elásticos, y todos ellos volvieron sus ojos hacia la persona que acababa de penetrar allí.

Era Ross Carey.

—No, no me he ido —les comunicó—. Así lo han imaginado, ya lo supongo. Pero esto formaba parte de la estratagema...

— Todo ha sido sutilmente planeado por nuestro detective —dijo Oliver Mamppos, quien dejándose de apoyar en la pared se dirigió ahora rectamente hacia Ross Carey—. Había que desenmascarar al culpable...

—No ha solicitado los servicios de un nuevo detective, para que lo sepan —repuso Ross Carey—. Solamente ha fingido hacerlo, para que yo pudiera darme por ofendido y pudiera, en consecuencia, decir que me iba... Sólo decirlo —aclaró—, porque si bien era mi coche el que han visto descender la colina y alejarse rápidamente por la carretera, no era yo quien estaba al volante. Ha sido Roddy, el mayordomo, quien se ha puesto en mi lugar. Ha querido colaborar.

—¡Detengan a ese hombre! —exclamó Tom Connors, aludiendo a Jerry Fleisser—. ¡Antes de que nos lance uno de sus cuchillos!

El detective le miró. Habiendo concluido con el trabajo que se le había adjudicado, Jerry Fleisser volvía a ser él mismo, ya no parecía un orangután de la peor especie.

Lo había hecho bien. Como días antes desempeñara, igualmente bien, el papel que le encomendara Roddy. Un papel que tenía como principal finalidad asustar, o por lo menos intranquilizar, a todo aquel que se le acercara. A todo aquel, por lo menos, que tuviera algo que ver con el suceso acaecido veinte años antes.

—No tengo por qué detenerle —hizo constar Ross Carey—. Al actuar como acaba de hacerlo, se ha limitado a obedecer mis órdenes.

—¿Cómo...? —inquirió Sabina—. ¿Cómo ha dicho...?

—El señor Carey y yo. —informó Oliver Mamppos—nos hemos puesto de acuerdo. O mejor dicho, él me ha propuesto un plan y yo me he limitado a secundarlo.

—Creía —dijo Sabina— que como nuestra hija había muerto, le achacabas a él...

—Si el asesino pudo con Emma —repuso él—, fue porque no hizo caso, desgraciadamente, de los consejos del señor Carey. Soy lo suficientemente sensato para comprenderlo así. No, no ha podido el señor Carey inspirarme el menor reproche.

—Entonces, ¿qué sentido tiene todo esto...? —y Sabina, comprendiendo cada vez menos, miraba a su alrededor de un modo un poco absurdo.

Brian no debía entender mucho más que su madre, pues ponía una

expresión muy parecida, muy análoga.

En cuanto a Osmond Mamppos, que se había quedado mirando a unos y a otros, terminó sacudiendo la cabeza. Como intentando desaturdirse. Como queriendo aclarar de una vez sus ideas.

—¿Qué sentido tiene todo esto, pregunta usted...? —Ross Carey se dirigió a Sabina con estas palabras—: Pues se lo voy a explicar... A todos, claro... —ahora miró también a los demás—. Se ha tratado de precipitar los hechos...

Se detuvo unos instantes y prosiguió:

—Las sospechas, en principio, apuntaban hacia Sally y hacia el hombre que la había adoptado, un hombre que se ganaba la vida en un circo arrojando cuchillos. Pero eran estas unas sospechas demasiado claras, demasiado evidentes, y a los detectives siempre nos escaman los caminos que se nos ofrecen harto trillados. Además, se dio la circunstancia, puramente casual, esto lo reconozco, de que yo supe desde el principio que Sally no era la hija de Charlotte, ni tampoco la hija adoptiva de ese hombre de circo... En consecuencia, pues, el asunto que aquí me había traído tenía, no cabía dudarlo, un doble tinglado... Se trataba por tanto, y ante todo, de descifrar dónde empezaba uno y dónde comenzaba otro...

De nuevo se interrumpió. Mientras Osmond Mamppos y Sabina, y asimismo Brian, esperaban ansiosos que prosiguiera. Mientras Natalie, llamando ya la atención de todos ellos, seguía como hacía un minuto, como hacía dos, como hacía tres, quieta, inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Ross Carey prosiguió:

—Cuando el otro día regresé de Londres, sabía ya exactamente a qué atenerme. Así que creí llegado el momento de empezar a esclarecer la cuestión... Por lo que fui a ver a Sally y a ese hombre —señaló a Jerry Fleisser—, a quienes expuse lo que sabía. Y lo que sabía era que ambos estaban desempeñando un rol... Como si de una obra teatral, mejor o peor representada, se tratara... Un rol por el que cobraban de alguien... Ahora bien, ¿quién era ese alguien? Confieso que yo ya lo sabía. Pero Sally corroboró mis sospechas, reconociéndole, y entonces ya fui sobre seguro. Se trataba de Roddy, el mayordomo de esta casa.

Se detuvo de nuevo.

Y de nuevo, al poco, continuó:

—Seguidamente hablé con Roddy y le expliqué como estaba la situación. Se había convertido en algo realmente inquietante y como él era, en cierto modo, el causante de ello...

—¿Sí? —inquirió Sabina.

—¿Sí...? —y fue se hermano Tom quien inquirió a su vez.

—No lo entiendo —dijo Brian.

—Yo tampoco —repuso Osmond Mamppos.

En cuanto a Oliver Mamppos, sabía ya de qué iba todo. Bastaba mirarle para darse cuenta de que Ross Carey le tenía ya totalmente

informado.

Natalie seguía igual de quieta, igual de inmóvil. Con los mismos ojos muy abiertos.

—Charlotte estaba embarazada... —Ross Carey dejó oír de nuevo su voz, serena, imperturbable—: Nadie lo sabía, pero sí, claro está, el hombre que había gozado con ella en la cama. Cuando Charlotte fue enterrada y todos abandonaron el cementerio, ese hombre se sintió desesperado, cada vez más desesperado. Por eso, aquella misma noche, regresó al cementerio y se acercó de nuevo al nicho. ¡Cuál no sería su horror, su espanto, al ver la lápida fuera de su sitio, y allí a su amada, fuera del ataúd, llena de sangre, y muerta...! Al acercarse y percatarse de cerca de todo aquel horror, comprendió que Charlotte debía haber vivido poco más, sólo el tiempo necesario para dar a luz a su hijo... Un hijo que no estaba allí, como tampoco estaba «Lucero»... Entonces, Roddy, pues era él, se precipitó fuera del cementerio... Llamaba al perro... Le llamaba con toda la fuerza de sus pulmones... Y sí, le encontró poco después, con el hato en la boca. Cuando ansioso se inclinó sobre la criatura recién nacida, se la encontró muerta... Entonces comprendió porque había visto lágrimas en los ojos del perro... Como comprendió también que el perro, a continuación, huyera, huyera muy lejos, tan lejos que nunca más se volvió a saber de él... Y puesto a comprender cosas, adivinó que la muerte de Charlotte no había sido casual... Alguien debía haberla envenenado. ¿Pero quién podía haber hecho una cosa semejante? Se lo preguntó un centenar de veces mientras hacía un agujero y enterraba a aquella infeliz criatura recién nacida. No, no podía saberlo. Sólo podía saber, todo lo más, que el doctor Bims estaba de acuerdo con el asesino, de lo contrario no hubiera certificado la muerte tan fácilmente...

Ross Carey se detuvo una vez más. Nadie dijo nada.

—Durante años y años —añadió seguidamente—. Roddy albergó en su pecho un rencor y un odio inconmensurables hacia todos los componentes de esta familia. Sólo uno debía ser el culpable, pero en la imposibilidad de saber quién era éste, odiaba a todos y sólo esperaba la ocasión de desenmascarar algún día al culpable. Así, Roddy no pudo pensar ya en sí mismo, en una felicidad que quizá hubiera conseguido de casarse con una buena chica. Podía haberlo hecho con Lydia, la doncella. Ella siempre le ha querido bien. Pero no. Roddy sentía que el odio era lo único que albergaba su corazón. Y así fueron pasando los años... Hasta que, veinte después, inesperadamente, al enterarse que un circo iba a detenerse cerca de Crossey, a Roddy se le ocurrió...

—¿Qué se le ocurrió? —preguntó Sabina.

—¿Qué? —preguntó Brian, que parecía poco más o menos el eco de su madre.

—Explíquelo —pidió Osmond Mamppos.

—Hágalo, por favor —repuso a su vez el pelirrojo Tom Connors.

Natalie seguía igual. Parecía petrificada.

—Se le ocurrió —siguió diciendo Ross Carey— escribir aquella carta y ponerla en la repisa de la chimenea. Estaba convencido de que, después de leerla, el asesino temblaría de miedo... Temblaría tanto, que sin duda acabaría traicionándose... Pero, claro, para que todo finalmente se desenvolviera a la medida de sus deseos, necesitaba una muchacha que se pareciera a Charlotte... Fue a Londres y visitó un local donde chicas jóvenes y bonitas subían a un escenario... Allí conoció a una que le satisfizo plenamente por un indudable parecido con Charlotte... Habló con ella y la convenció para que hiciera lo que él le pedía... También convenció a Jerry Fleisser, así que todo quedó a punto...

Una nueva interrupción. Una nueva pausa. Aunque ésta, quizá, más breve que las anteriores. Tal vez deseaba llegar de una vez al final.

—Pero Roddy no esperaba con la inesperada reacción del asesino —puntualizó—. Quien, al leer aquella carta, pensó que era su oportunidad... Si todos depositaban su atención y su miedo en Sally y en su padre adoptivo, el hombre lanza cuchillos, nadie podría sospechar de ella... ¡Sí, de ella! ¡Porque nuestro asesino es una mujer!

***

No hizo falta más para que todos se volvieran hacia Natalie.

—Una mujer —repitió Ross Carey— que así que se enteró de que Jerry Fleisser era el hombre lanza cuchillos del circo, decidió aprender a arrojarlos ella... De esto que saliera de aquí, de esta casa, cada día, y que ejercitara en el bosque... Que ejercitara arrojando cuchillos a los árboles... Por eso he encontrado más de uno astillado... Por cierto, he tomado ciertas huellas dactilares... Juraría que pertenecen y en consecuencia coinciden con las de esa mujer a la que me refiero. Por lo visto, para recuperar los cuchillos profundamente clavados en la corteza del árbol, hacía presión con la otra mano. De ello, sin duda, tales huellas dactilares...

Parecerá, tal vez —añadió Ross Carey—, que aprender a arrojar los cuchillos ha debido representarle una tarea asesina... No, no ha sido tanto, sobre todo teniendo en cuenta las habilidades que ya tuvo de jovencita. En el colegio de categoría donde cursó sus estudios, consiguió primer premio en natación y primer premio en lanzamiento de jabalina... Lo de la natación no me sorprendió nada después de lo que me sucedió en el lago —esto pareció decírselo más a sí mismo que a los demás—. En cuanto a ese otro premio, pensé que si años atrás consiguió controlar una jabalina, cuyo peso es de seiscientos gramos, y que tiene una longitud de 2,2 metros, en buena lógica debía aceptar que esa misma persona, proponiéndoselo... Sí, por descontado, tuve una buena idea al ir a informarme al colegio donde fue educada... Quien era capaz de arrojar tan bien esos cuchillos, de joven tenía que haber destacado forzosamente en más de una habilidad y sin duda en más de un deporte. La cuestión no tenía vuelta de hoja.

Natalie, de pronto, volvió en sí. Como pudiera hacerlo de un letargo horrible, espantoso, que la hubiera tenido implacablemente atenazada.

—¡Sí, el asesino es una mujer! —exclamó, y ahora, veloz en sus reflejos y en sus movimientos, se abalanzó sobre Jerry Fleisser y le arrebató los cuchillos que tenía entre las manos.

Conseguido esto retrocedió, se apartó de todos ellos. Sabía que cierta distancia la beneficiaba.

—¡Lo confieso, porque comprendo que ya de nada me serviría negarlo! —exclamó de nuevo—. Me he asombrado demasiado al oír decir a ese hombre que fue él quien mató al doctor Bims, y a Katty, y a Emma... ¡Cuando había sido yo quien los había eliminado! El asombro se ha desbordado dentro de mí y me he delatado... Exactamente lo que usted se proponía, señor Carey. Mi enhorabuena.

—Sí, eso pretendía —dijo el detective.

—Además —repuso Natalie— no sólo el asombro ha sido mi enemigo. He comprendido, aunque tarde, que se trataba de una celada...

—Esto no puede ser... No puede ser... —murmuró Osmond Mamppos, que no sólo se resistía a creer aquello que estaba viendo, sino que se resistía asimismo a admitir aquello que estaba oyendo.

—Pues es —dijo Natalie, crispada se voz—. Y no te asombres tanto, Osmond. Tú eres el culpable de todo. De lo sucedido hace veinte años y de lo que ha sucedido ahora.

—¿Por qué dices esto? —había sentido que sus entrañas se convertían en hielo—. ¿Por qué...?

—He dicho la verdad, todo lo hice por ti... —y su voz se iba crispando cada vez más y más. Y agregó—: ¿Qué habría sido de ti, si Oliver se hubiera casado con Charlotte...? Puedes imaginártelo. A partir de esa boda se hubiera acabado eso de sacar dinero al hermano generoso... Charlotte no se hubiera comportado tan benévolamente como Sabina. A Sabina siempre le ha parecido bien que Oliver te ayudara, pues de esa forma ella se sentía más cómoda pudiendo ayudar a Tom... Pero con Charlotte todo se hubiera acabado de pronto, lo sé. Una humilde y sencilla señorita de compañía, que se convierte de la noche a la mañana en dueña y señora de una casa como ésta... Bueno —Natalie se corrigió a sí misma— esto es lo que yo creía que hubiera pasado... Luego, cuando me enteré que había tenido un hijo, cuando supe que estaba embarazada sin saberlo ninguno de nosotros, comprendí que no, que nunca se hubiera casado con Oliver... Me equivoqué lamentablemente, pero ya estaba hecho.

—Y la envenenaste, ¿verdad? —preguntó Osmond Mamppos, que seguía sintiendo hielo, puro hielo, en sus entrañas.

—Sí, le puse veneno en la leche —le brillaban los ojos como si se hubiera vuelto loca—. Pero sólo se bebió la mitad, sin querer dio un golpe al vaso y parte de la leche se desparramó. De esto me enteré después, por Katty. Debido a ello, sin duda, en lugar de morir en un par de horas, quedó

con vida... Aunque aparentemente muerta, como en un caso de catalepsia...

—Y estabas de acuerdo con el doctor Bims —Osmond Mamppos quería saberlo todo, necesitaba saberlo todo.

—Sí, el doctor Bims y yo nos habíamos puesto de acuerdo —reconoció—. Confieso, eso sí, que me hizo falta un buen fajo de billetes para conseguir que fuera mi aliado. Pero ya solucionado este punto, sabía que lo demás rodaría a mi satisfacción. A nuestra satisfacción... Aunque no quisieras reconocerlo, Osmond, también tú tenías miedo a que cambiaran las cosas si Oliver se casaba con Charlotte... Y sí, intervine yo... Yo, que no era aún tu esposa. Pero iba a serlo, lo daba por descontado... Mi dinero te atraía demasiado para que no lo diera por seguro... Pero sabía, por otra parte, que mi dinero no era tanto como tú te imaginabas... Era mucho menos de lo que tú ibas a necesitar a lo largo de la vida... Sí, consideré una buena idea eliminar a Charlotte... Aunque, lo dicho, luego comprendí que me había precipitado...

—Es horrible lo que dices... Horrible... Horrible... —y Osmond Mamppos decía y repetía la misma palabra.

—Y veinte años después... —prosiguió Natalie, y seguían brillándole los ojos como a una loca, y seguía crispando cada vez más la voz— alguien nos deja esa carta sobre la repisa de la chimenea... Sí, reconozco que creí llegada mi nueva oportunidad... Mientras unos y otros ponían su atención y su miedo en la hija de Charlotte y en su padre adoptivo, yo eliminaría a los que me estorbaban. ¿Quiénes eran éstos?

Todos callaron. Fue aquél un mutismo absoluto. Ni la respiración se les oía.

—Me propuse acabar con todos aquellos que se interponían en tu camino, Osmond... Si mataba a Oliver y a Sabina, y después a Emma y a Brian, todo el dinero de los Mamppos pasaría a tus manos... ¿Comprendes, Osmond? Te quería y te quiero tanto, que por ti todo me parecía admisible...

—Es horrible... horrible... horrible.:. —Osmond Mamppos parecía no saber decir otra cosa.

—Pero el doctor Bims —continuó hablando Natalie— se había arrepentido de lo que hizo veinte años atrás, y estaba dispuesto a hablar. Tuve que quitarle de en medio. En cuanto a Katty, llegó un momento en que sospechó de mí. Por lo demás, estaba dispuesta a decirle a usted, señor detective, que Roddy era el padre de esa tal Sally. Para evitar líos, complicaciones, creí que lo mejor era matarla a ella también. Por lo que se refiere a Emma, por alguien tenía que empezar...

—Horrible... Horrible... —murmuró Osmond Mamppos una vez más.

—Estaba convencida de que nadie recelaría de mí —dijo Natalie seguidamente—. Ni tú, Osmond... Por eso hacía como si sospechara de ti... Por eso insistía en decir todo a la policía... Despistaba, sí, y creo que lo hacía bien...

—No lo suficientemente bien —detalló Ross Carey.

—Lástima que en el lago no consiguiera acabar con usted...

—Conmigo no es fácil acabar.

Al decir esto el detective, fue cuando Natalie pareció darse cuenta de que necesitaba huir. Sólo así escaparía de la justicia, del castigo que merecía por sus crímenes. De lo contrario estaba irremisiblemente perdida.

— ¡Quietos todos! —exclamó, y alzó en el aire uno de los cuchillos —. ¡Al que intente seguirme le parto el corazón en dos!

—No va a escaparse —dijo Ross Carey—. Se lo garantizo yo.

—Saldré de aquí, subiré a su coche y huiré... ¡Si intenta impedirlo le arrojaré el cuchillo!

Sabe de sobra que sé hacerlo.

—Conmigo le fallará la puntería —aseguró, totalmente seguro de sí mismo. Y dio dos pasos hacia adelante.

Sin pensárselo más, Natalie le lanzó el cuchillo. Con arrebatada furia. Pero Ross Carey esquivó su trayectoria.

El cuchillo le pasó cerca, muy cerca, pero sólo eso. Natalie alzó otro de los cuchillos. Y al acto se lo arrojó.

Cruzó el aire con un silbido y fue directo hacia el pecho del detective, que de nuevo estaba avanzando hacia ella.

Ross Carey se agachó. Lo suficiente para que este nuevo cuchillo tampoco diera en el blanco.

Natalie le lanzó otro. Este con más rabia que ninguno. De haberle alcanzado, le hubiera atravesado hasta el alma.

Pero no, Ross Carey esquivó una vez más la mortal trayectoria. Hecho lo cual, llegó hasta Natalie, a la que sujetó, a la que inmovilizó.

Esta se rebeló, se debatió con todas sus fuerzas.

Claro está, no le sirvió de nada. Ross Carey era joven, alto, y tenía mucha fuerza.

—Calma, calma... —le decía poco después—. Va a necesitarla para soportar los años que van a caerle de cárcel. Si tiene suerte con su abogado y no le ahorcan por todo esto...

Pero minutos más tarde regresó Roddy, en el coche del detective. Y bastó la mirada que clavó en Natalie para comprender que el destino de ésta no iba a ser enfrentarse a un juicio y a una sentencia.

Roddy se iba a encargar de solucionar la situación por la vía rápida. Por la vía que le pedía su odio.

—Yo de usted vigilaría a ese hombre —le previno Ross Carey al inspector, que acababa de llegar.

—¿Por qué...? ¿Por qué he de vigilarle...? —le preguntó, lejos de imaginarse lo que podía suceder.

—Vigílele, créame...

No le hizo caso, y ante el propio inspector de policía, el mayordomo se abalanzó sobre Natalie. Antes se había apoderado de uno de aquellos

cuchillos incrustados en la estantería de la biblioteca.

Y en brevísimos segundos, le clavó en el cuerpo tantas y tantas cuchilladas, que cuando se pudo intervenir Natalie no era ya más que un colador ensangrentado. Un colador que gemía, gemía, y que pronto, muy pronto, dejó incluso de gemir.

CAPITULO XI

—Si aceptaste este trabajo, el de pegarte a la tabla y esperar a que te arrojaran los cuchillos —dijo Ross Carey a la muchacha— fue por no seguir en aquel local donde el dueño te exigía que te desnudaras, ¿no es eso?

—Es cierto —asintió ella.

—Pues mira, preciosa, yo te propongo algo igual, pero al mismo tiempo diferente...

—No te entiendo.

—Te propongo que te desnudes sólo para mí...

—Vaya, me pides que me acueste contigo.

—Sí. ¿Vale?

—¿Antes o después de casarnos? —preguntó.

—Eso de perder la libertad no me atrae nada —respondió el detective.

—A mí tampoco —contestó ella—. Pero me gustas mucho y prefiero atarte bien... —y se

rió.

—Bien mirado —dijo Ross Carey, y se rió también— creo que ya tengo edad de sentar la cabeza. Me dejo atar. Hecho.

Hablaron ya poco más. Prefirieron besarse.

FIN